El testamento de Magdalen Blair

ALEISTER CROWLEY



El testamento de Magdalen Blair fue publicado en forma de libro por Mandrake Press en septiembre de 1929. Dos de los tres relatos que lo componen, el que da título al volumen y «Su pecado secreto», ya habían sido publicados en la revista *The Equinox* en 1912 y 1913, respectivamente. La maldición que, al parecer, perseguía a Crowley le impidió ver distribuida la edición en su totalidad, debido a la quiebra de la editorial. «La estratagema» aborda la locura en una secuencia de códigos secretos y simbólicos, «El testamento de Magdalen Blair» detalla un supuesto experimento científico en el que la telepatía llega al ámbito de la materia misma; por último, «Su pecado secreto» es un divertimento en el que el autor denuncia la mojigatería y la represión de la sociedad británica. La obra retoma, pues, en clave de ficción, algunos de los temas a los que Crowley dedicó sus investigaciones —y sus prácticas mágicas—, manipulando hábilmente los más profundos terrores y las ocultas aspiraciones del ser humano.



Aleister Crowley

El testamento de Magdalen Blair

El ojo sin párpado - 42

ePub r1.0

Titivillus 01.01.15

Título original: *The Stratagem and Other Stories*
Aleister Crowley, 1929
Traducción: José F. Ruiz Casanova
Cubierta: Oleo de Gonzalo Chillida

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

EL INCREÍBLE MAGO ALEISTER CROWLEY

ALEISTER Crowley es el más polémico e incómodo de los grandes magos contemporáneos. Comparados con él, McGregor Mathers, Helena Blavatsky, Gurdjieff y Ouspensky son, a pesar de los puntos negros, reales o inventados, de sus vidas y de sus caracteres, unos seres casi decepcionantemente normales. «Cro, como en crow —es decir, "corneja" o "grajo"—» solía decir cuando alguien pronunciaba como crau la primera sílaba de su apellido. Y la analogía mágica —¿lo diría por eso?— no dejó de operar en su vida, pues trató siempre, aunque terminase por considerarlo una impaciente ilusión, de alcanzar sus objetivos esotéricos as the crow flies, por el más corto de los caminos. La corneja es una especie de cuervo, y el cuervo representa en la tradición simbólica a las oscuras fuerzas de la creación, sobre todo entre los celtas y los germanos de la antigüedad, mientras en el lenguaje alquímico simboliza a la nigredo propia de la materia prima de la Gran Obra. Según Beaumont, citado por Cirlot, «el cuervo en sí debe significar el aislamiento del que vive en un plano superior al de los demás, como todas las aves solitarias», sólo que la corneja no es tan solitaria como el prototipo de su familia.

El nombre de pila de Crowley era Alexander, Edward Alexander, y no Aleister, su equivalente celta, por el que lo sustituyó, pues aunque nacido el año 1875 en el Warwickshire, cerca del shakespeariano Stratford-on-Avon, en el seno de una acaudalada familia de cerveceros, ni los suyos ni él olvidaron nunca su ascendencia céltica. Los padres de Aleister eran darbyitas, miembros fanáticamente devotos de la secta de los Exclusive Bretbren (Hermanos Excluyentes) y creían que sólo quienes pertenecían a ella podían librarse de las llamas del infierno.

Parece que el padre de Aleister, que murió cuando el futuro mago tenía once años, le llenó la cabeza de monstruosidades sagradas y de terribles visiones del Más Allá, así como de más que Victorianos tabúes sexuales.

*En el Más Allá siguió creyendo Aleister Crowley, aunque de una manera, y en un Más Allá, que habrían enfurecido a su irritable padre. ¿Qué tiene, pues, de particular que quien, teniendo, como Aleister, un carácter fuerte y un temperamento voluntarioso, hubo de sufrir la tutela de unos parientes no menos fanáticos que el difunto, se fuese convirtiendo a partir de su mayoría de edad, y aun algo antes de llegar a ella, en enemigo público y declarado de la moral cristiana? Después de todo era, aunque bastante más joven que él, un contemporáneo de Nietzsche y un admirador de Walter Pater y de sus tendencias neopaganas, así como del arte satánico de Beardsley. Es que Crowley (*Croli*, no lo olvidemos) se educó en un Cambridge y se inició a la magia en una Londres muy permeable al decadentismo finisecular, lo cual no sólo no impidió, sino que más bien favoreció la comisión de una de sus mayores extravagancias juveniles, el alistamiento como voluntario de una tardía guerra carlista que ni siquiera llegó a declararse. Fue por entonces cuando veló, sumido en profunda meditación, su espada y sus espuelas la víspera de ser armado caballero por los secuaces de don Carlos y cuando se tomó muy en serio su ingreso en una nebulosa Iglesia Celta de la que, en la actualidad, casi se ha perdido el recuerdo. Estos belicismos y misticismos esotéricos encaminaron al rico heredero que era entonces Aleister, gracias a la tibia mediación inicial de A. E. Waite, hacia un ocultismo, convertido pronto en la principal razón de su asombrosa existencia, que le valió, con el tiempo, ser considerado —y públicamente declarado por la prensa sensacionalista británica— como the King of Depravity, el Rey de la Depravación, the Wizard of Wickedness, el Mago del Mal, y finalmente como the Wickedest Man in the World, el Hombre más Inicuo del Mundo.*

Cómo se ganó Crowley esta fama sería muy largo y delicado de contar, si bien puede decirse que se debió en gran parte a sus calculadas y constantes provocaciones y a su tal vez inconsciente habilidad de echarse enemigos. Pero Crowley no era tan malo como querían los peores de entre éstos. Sencillamente, y según opinaba su amigo Alian Bennett, que terminó su vida como monje budista, Aleister estaba muy bien dotado para la magia, tenía una inteligencia brillante y un entusiasmo contagioso pero carecía de disciplina y de penetración al

juzgar a los demás. Era, desde luego, un solipsista, se adoraba a sí mismo y tenía conciencia de poseer un carisma que le ayudaba a ganar hasta el autosacrificio la veneración de sus mejores discípulos.

Crowley entró a finales del año 1898, cuando ya había publicado varios libros de versos influidos por Browning y por Swinburne, en la Golden Dawn, la Aurora Dorada, una sociedad secreta con sede en Londres que proclamaba su ascendencia rosicruciana y ala que ya pertenecía William Butler Yeats, cuyo lema mágico era «Demon est Deus inversus», *«el Demonio es Dios del revés». Aleister, por su parte, adoptó el de Perdurabo, es decir, Persistiré. Los dos poetas no tardaron en chocar y las cosas llegaron tan lejos que Bennett creyó haber descubierto que Aleister estaba siendo atacado por Yeats mediante la magia negra —cosa que aquél le confirmó—, lo que dio lugar a un contraataque que ambos amigos juzgaron muy eficaz. Sobre este asunto, escribió Crowley el cuento «At the Fork of the Roads» (*En la bifurcación*), aparecido en la revista* Equinox *el mes de marzo de 1909. Parece, en efecto, que tanto Yeats como Crowley practicaban en aquella época lo mismo la magia blanca que la negra. MacGregor Mathers, un destacado estudioso de la tradición esotérica que había contraído matrimonio con una hermana de Henri Bergson, se encontraba en París cuando empezó a sospechar, para comprobarlo enseguida, que varios de los más influyentes miembros de la Golden Dawn se estaban rebelando contra su liderazgo de dicha sociedad y encargó a Crowley, tras haber delegado en él su autoridad, restablecerlo. Ambos fracasaron en su intento y terminaron por ser expulsados de aquella orden. Esta camaradería en la desgracia no fue obstáculo a que, años más tarde, se entablase una batalla mágica entre MacGregor Mathers y Crowley con el resultado final —que este último nunca se preocupó de desmentir— de que Aleister hiriese de muerte a su adversario.*

Lo más irónico del asunto sería —de ser cierto tanto oscuro prodigio — que Aleister se habría servido con toda probabilidad de lo aprendido por él en un grimorio medieval atribuido al mago Abra-Melín, cuya traducción al inglés le había sido recomendada por su autor, que no era otro que el mismo MacGregor. Para procurarse un lugar apropiado para la evocación de los príncipes de las tinieblas —quienes habían de poner a sus órdenes a sus cohortes de espíritus subalternos—, Crowley, que todavía era pudiente, se compró una mansión a orillas del célebre lago

Ness y acondicionó unas estancias y la terraza contigua a manera de templo apto para la magia ritual. La experiencia resultó terrorífica y estuvo lejos de ser un éxito, no obstante lo cual nuestro aprendiz de brujo conservó siempre, y los usó en varias ocasiones, cuantos talismanes había confeccionado febrilmente —y as the crow flies— durante aquellas memorables jornadas.

Muy relacionada con estas evocaciones diabólicas estuvo la de Coronzón, el demonio del abismo, que Aleister llevó a cabo en el Sahara en compañía de su discípulo Victor Neuburg. Coronzón (Choronzon en la grafía de Crowley) es, sin duda, un casi incógnito espíritu, pues los tratados y los diccionarios de angelología y de satanismo suelen identificar al ángel —no rebelde como Coronzón— del abismo con Uriel o bien con Apsu, el ángel o genio hembra del abismo primordial de la mitología caldeo-babilónica. Coronzón pertenece, pues, a una tradición esotérica bien conocida por Crowley que no me ha sido posible identificar. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la aparición de este espíritu abisal fue espantosa, pues estuvo a punto de destruir el círculo mágico trazado en la arena por los dos magos, quienes, dado su estado de exaltación, no fueron capaces de certificar si había o no tomado posesión durante unos instantes del cuerpo del maestro. Se ha acusado a Crowley, a propósito del aprendizaje de Neuburg, de haberle sometido a excesivas sevicias morales y físicas. No fue, sin embargo, Crowley más duro que Marpa el traductor con su discípulo Milarepa, lo que no impidió que este gran santo del budismo tibetano considerase siempre con reverente admiración a su rudo maestro.

Más decisiva que las mencionadas evocaciones resultó ser para Aleister la magia sexual que le fue enseñada por un iniciado de una oscura orden con sede en Alemania. Su práctica llegó a convertirse en el fundamento de su magia y Crowley se entregó, en consecuencia, tanto a las relaciones heterosexuales como a las homosexuales, en las que solía jugar el papel pasivo. Mientras tanto, viajó por los cinco continentes y estuvo, además de en otros lugares, en España, en el Magreb, en el lejano Oriente, donde aprendió las técnicas del yoga, y en los Estados Unidos de América, en los que vivió, ya medio arruinado, casi de milagro. Organizó, además, la escalada de dos de los más altos picos del Himalaya y celebró un retiro mágico en una isla del Oeste americano.

Estando en El Cairo, el año 1904, en compañía de su primera mujer, un espíritu al que identificó con el nombre de Aiwass y del que dijo ser

*su ángel de la guarda o bien el dios egipcio Horus, le dictó un extraño texto entre gnóstico y cabalístico y no carente de analogías con el pensamiento de Nietzsche conocido hoy con el nombre de Book of the Law (*Libro de la Ley*). Esta revelación, pues Crowley no admitió nunca, como había hecho a propósito de otros de sus textos, que pudiera ser un producto de su subconsciente, le convenció, tras haberlo dudado mucho e incluso haber tratado de perder su manuscrito, de que había sido elegido por los Maestros Secretos como profeta de la nueva religión en la que había de vivir la humanidad durante los dos próximos milenios. «Los principios morales fundamentales de la nueva edad —ha escrito Francis King— han de ser la completa autorrealización, porque "cada hombre, y cada mujer, es una estrella" —es decir, cada ser humano es un individuo único y diferente que tiene derecho a realizarse a su particular manera— y "Haz que tu voluntad sea el todo de la ley", pues "Tu único derecho es hacer tu voluntad" y "la palabra pecado es restricción".» Crowley tuvo siempre la preocupación de subrayar que «Haz lo que quieras» no significa «Haz lo que te guste», pues lo que, según él, quiere decir este mandato de Aiwass es «Encuentra la manera de vivir compatible con tus más íntimos deseos y vívela con plenitud».*

En el Libro de la Ley *se alaba la intoxicación etílica y el uso de las drogas como medios de adquirir una conciencia superior, et pour cause, puesto que Crowley fue, además de buen y entendido bebedor, un ávido consumidor de cocaína, cuyo uso llegó a dominar a voluntad, si bien nunca pudo librarse por completo del demonio de la heroína. Se habla también en este libro de una Mujer Escarlata necesaria para el cumplimiento de la misión del profeta destinado a predicar su doctrina, mandato que Aleister se tomó muy en serio conviviendo y realizando frecuentes actos de magia sexual con las sucesivas Mujeres Escarlata que descubrió y captó entre sus amistades femeninas, extremadamente sugestionables ante su virilidad.*

Nadie se extrañará a la vista de cuanto queda dicho de que Crowley se convirtiese pocos años después de su muerte, acaecida en 1947, en una especie de inspirador y patrono de la cultura underground que floreció en Europa y en los Estados Unidos en torno al medio siglo. Liberación sexual, desprecio de los valores de Occidente, responsables según él de la falta de libertad y de las catástrofes de nuestro tiempo —Aleister era enemigo declarado del fascismo y del nazismo—, consumo de drogas, psicología de la marginación social, todos estos elementos le

pusieron de moda y crearon en torno a su recuerdo una leyenda que le consideró, no sólo como el más poderoso mago de nuestro siglo, sino también como una de las figuras más influyentes de la contracultura contemporánea.

Desde que recibió el mensaje contenido en el Libro de la Ley*, Crowley vivió constantemente acompañado de la Mujer Escarlata impuesta a él, más que meramente aconsejada, por su texto. Se trata, en realidad, de una intuición que coincide con el juicio, muy posterior, contenido en* Las bodas de Cadmo y Harmonía *de Roberto Calasso, según el cual, en la región en que se encuentran los dioses, «el héroe, si está solo, si cuenta únicamente con sus propias fuerzas, es impotente. Necesita la ayuda de una mujer». Así, Crowley, al tratar de integrarse en la región de sus dioses o, tanto da, de sus demonios, se valió de la ayuda de una mujer. Aiwass y los poetas griegos habían bebido en la misma fuente, en la de la tradición secreta que ha permitido a la psiquiatría contemporánea definir —que no descubrir— al* anima *y al* animus*, complementos indispensables de los sexos opuestos. Pero de esta restauración de la androginia original de que hablaba Platón hay tantos antecedentes que es preciso proseguir sin tratar de recordarlos.*

Con una de sus Mujeres Escarlata, la norteamericana Lea Hirsig, fundó Aleister en Cefalú, cuando tenía cuarenta y cinco años, la Abadía de Thelema, de clara inspiración —aunque de dudosa interpretación— rabelesiana. Lo que sucedió o se inventó que había sucedido en ella durante sus ceremonias mágicas dio lugar si no a su ruina —pues Crowley se mostró siempre incombustible a la desgracia— sí a la peor fama que haya tenido un mago de los tiempos modernos. Quien se había llamado a sí mismo Therion, la Gran Bestia, o bien la Bestia 666 del Apocalipsis, fue objeto de la difamatoria campaña de prensa a que me he referido más arriba. A partir de aquel año 1923, Crowley no conoció hogar ni ingresos monetarios estables, no obstante lo cual siguió progresando como mago —según él mismo creía— e indudablemente como escritor.

Crowley contaba ya con una larga serie de obras publicadas e inéditas, muchas de las primeras aparecidas en la revista Equinox*, de la que fue fundador y director. En 1898, por ejemplo, había publicado seis libros, de entre los que cabe recordar el poema* Aceldama *(nombre del campo que compró Judas con las treinta monedas), los* Songs of the Spirit *(Canciones del Espíritu) y* White Stains *(Manchas Blancas).*

Publicaría más tarde Alice, an Adulteress *(Alicia la adúltera), el largo poema* The Argonauts, Rosa mundi*, poemario inspirado por su primera mujer, la bella Rose Kelly, de la que terminaría por divorciarse, y* Rodin in Rime *(Rodin en rima), libro lujosamente ilustrado por este genial artista, al que le unía una buena amistad. En prosa, había dado a conocer la colección de novelas obscenas* Snow Drops from a Curate's Garden *(Copos de nieve del jardín de un cura), el tratado místico-pornográfico* El jardín perfumado*, el* Libro de las mentiras *y la novela* The Diary of a Drug Fiend *(Diario de un drogadicto), que obtuvo un escandaloso éxito debido, tanto como a sus cualidades literarias, a los poco disimulados retratos de varios personajes de la época, pero la obra más importante de cuantas había publicado es* Magick in Theory and Practice *(La magia en la teoría y en la práctica), un manual de iniciación en el que, a ejemplo de los libros sobre alquimia, hay datos falsos o trucados cuyo objeto es desorientar a los simples curiosos y en el que declara sensacionalistamente haber sacrificado niños durante sus operaciones mágicas, falsedad que, por fortuna para él, no fue creída ni siquiera por sus más encarnizados detractores y enemigos.*

A partir de su expulsión de Italia por las autoridades fascistas, decretada a consecuencia de la campaña de prensa a que me he referido, Aleister emprendió la redacción y publicación de sus Confessions, tal vez las más interesantes memorias publicadas jamás por un mago, pero también siguió escribiendo y publicando obras de ficción tales como Moonchild *(Hijo de la luna) y* The Stratagem and Other Stories *(El testamento de Magdalen Blair), volumen al que pertenecen los relatos aquí traducidos. En 1944, publicó* The Book of Thoth *(El libro de Tot), un original tratado sobre el tarot, con naipes dibujados por Frieda Harris siguiendo las indicaciones del maestro Thenon. Dejó también, además de otros muchos escritos inéditos, una extensa colección de poemas,* Olla*, y otra de cartas, así como sus diarios y una serie de rituales dedicados a varios dioses paganos, para varios de los cuales escribió algunos de sus mejores poemas.*

Uno de ellos, el «Himno a Pan», fue traducido, juntamente con otras de sus poesías, por Fernando Pessoa. No es éste el lugar más adecuado para contar una historia, la de la amistad del poeta inglés y el portugués, a la que ya me he referido con cierta extensión en La vida plural de Fernando Pessoa*, pero sí el de referirse, aunque sólo sea muy brevemente, dada la popularidad de Pessoa y sus heterónimos entre los*

lectores españoles, a las afinidades que, en el terreno del concepto y el sentimiento de la personalidad, se descubren en ambos escritores. No se trata, por supuesto, de establecer un imposible paralelismo entre la personalidad de uno y otro, sino de mostrar cómo la problemática de la época, unida al conocimiento que ambos tenían de la tradición esotérica, los indujo a descubrir la pluralidad de su yo, si así se me permite expresarme. Dando por conocida del lector la heteronimia de Pessoa, es decir, el descubrimiento en sí mismo de varias personalidades permanentes y sincrónicas y su posterior transformación en escritores de diferentes y, en ocasiones, opuestos estilo e ideología, baste con añadir que el poeta portugués fue protagonista de una de las más apasionantes aventuras literarias de todos los tiempos. Ahora bien, si Pessoa creyó haber visto en un espejo a algunos de sus heterónimos, Mary d'Esté Sturges cuenta que, durante una de las sesiones de trabajo en que Crowley le dictaba los comentarios al Libro de la Ley*, «advertí un cambio en su cara, de lo más extraordinario, como si no fuese ya la misma persona: en realidad, durante los diez minutos que estuvimos hablando, pareció ser varias personas diferentes». ¿Eran sus personalidades ocultas que emergían sucesivamente, no mediante el juego literario de la heteronimia, como en el caso de Pessoa, sino en virtud de una evocación mágica consciente o inconsciente? ¿Estaba alucinada Mary d'Esté? ¿Y qué es, entonces, una alucinación? ¿Qué la separa, en casos como éste, de las grandes intuiciones? Por otro lado, los constantes cambios de nombre de Crowley ¿no pueden ser considerados como una prueba de inseguridad en lo que a su personalidad profunda se refiere? Heterónimos o máscaras, no cabe duda de que tienen mucho que ver no sólo con el universo pesoano, sino también con las conocidas máscaras de Yeats, su gran rival de la Golden Dawn.*

Sucede además que la formulación pesoana del neopaganismo portugués por medio de la obra literaria de sus heterónimos encuentra un paralelismo en el trance de Victor Neuburg durante el que Júpiter le dijo, según aseguraba con toda seriedad, y al parecer de buena fe, que los viejos dioses deseaban recuperar su antiguo papel y habían elegido a Crowley como «las flechas ardientes» (nótese el plural) que habían de ser disparadas contra los dioses-esclavos, doctrina que, como observa su biógrafo Francis King —ignorante por lo demás de sus relaciones con Pessoa—, coincide con la doctrina del Libro de la Ley.

Tal es, a grandes rasgos y prescindiendo de enumerar los grados y

dignidades que adquirió en varias órdenes esotéricas, la totalidad de sus amores apasionados o escandalosos —o ambas cosas a la vez—, sus pleitos y sus polémicas y otros muchos aspectos e incidentes de su vida y de su obra, tal es, decía, la personalidad del autor de los relatos que, con tanta oportunidad como tino, han sido vertidos al español por su competente estudioso José Francisco Ruiz Casanova.

Ángel Crespo

En memoria de tres amigos muertos: Joseph Conrad, que me alabó el primer relato; Allan Bennett, Bhikkhu Ananda Metteya, que me sugirió el segundo, y Eugene John Weiland, quien me lanzó hacia el tercero.

LA ESTRATAGEMA

LOS compañeros de viaje descendieron a la ardiente arena del andén. Era un empalme, un empalme de esos que distan bastantes millas de la ciudad más cercana, y en los que los medios del ferrocarril y sus alrededores compiten desfavorablemente con las estaciones ordinarias.

El primero que bajó fue un hombre inequívocamente inglés. Se quejaba de la empresa incluso mientras sacaba su maleta del vagón con la ayuda de su compañero. «Es una desgracia absoluta para la civilización», decía, «que no haya transbordo alguno en una estación como ésta, una estación importante, señor, permítame que le diga, eje —si puede utilizarse la metáfora— de la ramificación que cubre prácticamente todo el tramo sur de Muckshire. Y, seguramente, tendremos que esperar una hora, y Dios sabe si es más probable que sean dos, o quizá tres. Y, por supuesto, no hay nada parecido a un bar más cercano que Fatloam; y si vamos allí no encontraremos whisky alguno que pueda beberse. Como le digo, señor, este asunto es una desgracia absoluta y real para el ferrocarril que lo permite, para el país que lo tolera y para la civilización que no impide que tales cosas sucedan. El año pasado me ocurrió lo mismo aquí, señor, aunque afortunadamente en aquella ocasión sólo tuve que esperar media hora. Pero aun así escribí al *Times* una dura carta de media columna sobre el tema, y los maldije si se negaban a publicarla. Cómo no, nuestra prensa independiente, etc.; lo podía haber supuesto. Le diré, señor, que este país está dirigido por una camarilla, una sucia camarilla, una pandilla de judíos, escoceses, irlandeses, galeses; ¿dónde está el clásico, alegre y buen caballero azul inglés? En el tílburi, señor, en el tílburi.»

El tren dio un tirón violento hacia atrás, y avanzó de forma

sorda imitando al solitario mozo que, apostado enfrente del furgón de equipajes, había sido testigo, sin emoción alguna, del avance de los dos cuerpos principales como rocas de volcán, y tras este momento de contemplación, se fue, con la boca apretada, a por su comida, que encontraría en una casita alejada de allí unas tres yardas.

En pronunciado contraste con el inglés, cuyo bigote cubría su rostro blanquecino, señalado con manchas de un rojo oscuro en el cuello y en la frente, con su inminente barriga y un traje completo de armadura, estaba el pequeño y nervioso hombre de la barba puntiaguda a quien el destino le había situado, primero, en el mismo compartimiento, y luego en la misma hora de exilio que todos sus compañeros.

Sus ojos eran asombrosamente negros y fieros; su barba era grisácea y su rostro fuerte, perfilado y claramente bronceado por el sol tropical; pero este rostro también expresaba inteligencia, fuerza, y con tantos recursos que podía hacer de él un camarada ideal en un destacamento, o en la defensa arriesgada de una ciudad. Atravesaba el dorso de su mano izquierda una cicatriz grande y profunda. A pesar de todo esto, vestía con singular pulcritud y corrección; circunstancia por la que, aunque su inglés era más puro que el de su compañero de desgracia, hacía que éste se inclinara secretamente a sospechar que era francés. A pesar de la sobriedad de su vestimenta y su autocontrolada conducta, el oscuro brillo de aquellos ojos negros, cabezas de alfiler bajo gruesas cejas, inspiraba en el hombretón un cierto desasosiego. No es en absoluto un tipo con quien uno pueda pelearse, pensó. Sin embargo, siendo él mismo un gran viajero —Bolonia, Dieppe, París, Suiza, e incluso Venecia— no poseía rasgo alguno de aquella insularidad de la que los extranjeros acusan a algunos ingleses, y se había esforzado en mantener la conversación durante el viaje. El hombrecillo se había mostrado como una pobre compañía, taciturno en exceso, parco en palabras, donde un movimiento de cabeza satisfacía las obligaciones de la cortesía, y aparentemente más atento a su pipa que a su compañero de viaje. Un hombre con un secreto, pensó el inglés.

El tren traqueteó al salir de la estación y el mozo se había difuminado en el paisaje. «Un paraje desierto», observó el inglés, cuyo nombre era Bevan, «especialmente con tan terrible calor. En

realidad, el verano de 1911 fue casi tan horrible. Sabe, recuerdo una ocasión en Bolonia…». Se detuvo de golpe, porque el hombre moreno clavaba la contera de su bastón repetidamente en la arena, y frunciendo sus cejas, llegó de repente a tomar una decisión. «¿Qué sabe usted del calor?», gritó, fijando sus ojos en Bevan con la intensidad de un demonio. «¿Qué sabe usted de la desolación?» Asombrado como estaba, Bevan no supo qué contestar. «Espere», gritó el otro. «¿Qué tal si le cuento mi historia? No hay nadie más que nosotros.» Miró amenazadoramente a Bevan, y parecía que intentaba leer en su alma. «¿Es usted un hombre en quien se pueda confiar?», vociferó, y se detuvo bruscamente.

En otro momento, Bevan podría haberse negado, con seguridad, a ser el confidente de un extraño; pero aquí la soledad, el calor, el interés que le había producido la forma en que su compañero se había comportado previamente, e incluso un cierto recelo por cómo podría tomarse la negativa, se unieron para producir una respuesta favorable.

Soberbio como un roble, Bevan respondió: «He nacido caballero inglés, y confío en no haber hecho nunca nada que me niegue tal estado». «Soy juez de paz», añadió tras una pausa momentánea.

«Lo sé», gritó el otro acaloradamente. «Una mente educada en la legalidad es lo que poseen aquellos que pueden apreciar mi historia. Jure, pues», prosiguió con repentina gravedad, «jure que nunca dirá a alma viviente alguna la más mínima palabra de lo que estoy a punto de decirle. Júrelo por el alma de su difunta madre».

«Mi madre vive», contestó Bevan.

«Lo sé», exclamó su compañero, y una enorme y extraña mirada de misericordia divina iluminó su bronceado rostro. Era una mirada de aquellas que pueden verse en muchas estatuas de Buda, una mirada de divina e impersonal compasión.

«Entonces júrelo por el Canciller.»

Bevan estaba más que persuadido de que el extraño era francés. No obstante, hizo la promesa requerida con prontitud.

«Mi nombre», dijo el otro, «es Duguesclin. ¿Le sugiere eso mi historia?», preguntó imprevisiblemente. «¿Le dice algo?»

«Nada en absoluto.»

«Lo sé», dijo el hombre del trópico. «Entonces tengo que contárselo todo. En mis venas bulle la sangre valerosa del más

grande de los guerreros franceses, y mi madre era descendiente directa de la Doncella de Zaragoza.»

Bevan estaba sobrecogido, y lo demostraba.

«Tras el sitio, señor, se casó honrosamente con un noble llamado Duguesclin. ¿Cree usted que un hombre de mi linaje permitiría a un extraño levantar siquiera una mínima sombra contra la memoria de mi bisabuela?»

El inglés declaró que nada parecido había pasado por su pensamiento.

«Así lo espero», prosiguió el otro con mayor sosiego, «y además, quizá yo sea un asesino convicto».

Bevan estaba ahora claramente alarmado.

«Estoy orgulloso de ello», continuó Duguesclin. «Cuando tenía veinticinco años, mi sangre era más valerosa de lo que lo es hoy día. Me casé. Cuatro años más tarde, descubrí a mi mujer entre los brazos de un vecino. Lo maté. La maté. Maté a nuestros tres hijos, porque las víboras sólo engendran víboras. Maté a los criados; eran cómplices del adulterio, o si no, no serían de modo alguno testigos de la afrenta a su señor. Maté a los gendarmes que vinieron a detenerme —mercenarios serviles de una república corrupta—. Incendié mi castillo, resuelto a perecer entre las ruinas. Desafortunadamente, una parte de la mampostería, que cayó, me golpeó en el brazo. Perdí mi rifle. Vieron el fuego y fui rescatado por los bomberos. Estaba resuelto a vivir; era mi deber para con mis antepasados continuar la familia cuyo único descendiente era yo. Estoy viajando por Inglaterra en busca de una esposa.»

Se detuvo, y contempló orgullosamente el paisaje, con el aire de un Selkirk. Bevan omitió el obvio comentario en torno al sorprendente final de la narración del francés. Únicamente observó: «Así pues, ¿no fue guillotinado?».

«No lo fui, señor», replicó el otro apasionadamente. «En aquel tiempo la pena capital nunca se infligía en Francia, aunque no estaba oficialmente abrogada.» «He de decir», añadió, con la altivez del legislador, «que mi acción confirió una fuerza considerable a la agitación que condujo a su reintroducción».

«No, señor, no fui guillotinado. Fui condenado a cadena perpetua en la isla del Diablo.» Se estremeció. «¿Puede imaginarse esa maldita isla? ¿Puede su fantasía imaginar una décima parte de

su horror? ¿Puede una pesadilla representar aquel infierno, aquel limbo de los condenados? Mi lenguaje es fuerte, señor, pero ningún lenguaje puede describir aquel infierno. Le evitaré la descripción. Arena, gusanos, cocodrilos, serpientes venenosas, miasmas, mosquitos, fiebre, inmundicia, fatiga, ictericia, malaria, inanición, maleza fétida, ciénagas algosas que apestan a muerte, horribles árboles llenos de veneno, envenenados ellos mismos por la tierra, calor insoportable, insufrible, intolerable, inaguantable (como dijo el *Daily Telegraph* cuando el caso Dreyfus), calor continuo y sofocante, ninguna brisa salvo el pestilente hedor de la laguna, calor que convertía la piel en un mar de furiosa irritación al que los muchos picotazos de los mosquitos y los ciempiés eran un alivio, la labor interminable de cada día bajo el sol abrasador, el látigo para la más ligera infracción a las rígidas reglas de la prisión, o incluso a las leyes de cortesía hacia nuestros carceleros, hombres tan sólo un grado menos condenados que nosotros mismos —todo esto no era nada—. La única diversión de los dirigentes de tal lugar es la crueldad; y su propio malestar los hace más ingeniosos que todos los inquisidores de España, que los árabes en su delirio religioso, que los birmanos, kachens y shans con su odio budista hacia todos los vivientes, incluso que los chinos con su frío anhelo de crueldad. El director era un gran psicólogo; no había rincón en la mente en el que no penetrara, de modo que ideaba innumerables formas de torturarla.»

«Recuerdo que uno de los encarcelados era feliz manteniendo su pala brillante —era obligatorio mantener las palas brillantes, una tortura en aquel lugar, en el que el moho crece sobre todas las cosas tan rápido como la nieve cae en los climas más felices—. Pues bien, señor, el director descubrió que aquel hombre era feliz viendo el reflejo del sol sobre el acero, y entonces le prohibió que limpiara su pala. Una bagatela, verdaderamente. ¿Qué sabe usted de lo que piensan sobre las bagatelas de los prisioneros? El hombre se convirtió en un loco peligroso, y no por otra razón que aquélla. Le pareció que tal detallado refinamiento de crueldad era la prueba final del innato e inherente satanismo del universo. La locura es la consecuencia lógica de tal credo. No señor, le evitaré la descripción.»

Bevan pensó que ya había habido demasiada descripción, y con

su complaciente modo inglés supuso que Duguesclin estaba exagerando, puesto que sabía que los franceses lo hacían. Únicamente observó que debía de haber sido horrible. Habría dado cualquier cosa, ahora, con tal de evitar la conversación. No era en absoluto agradable estar en un andén solitario con un asesino múltiple y confeso, que presumiblemente había escapado mediante otra amplia serie de crímenes.

«Pero usted se preguntará», continuó Duguesclin, «se preguntará, ¿cómo escapé? Ésta, señor, es la historia que me propongo contarle. Mis observaciones anteriores sólo han sido preliminares; no son pertinentes ni poseen interés, lo sé, pero eran necesarias, puesto que usted mostró tan amablemente interés por mi persona, mi historia familiar —heroica la primera (puedo afirmar) y trágica (nadie puede negarlo) esta última».

Bevan pensó de nuevo que su interlocutor debía de ser tan mal psicólogo como bueno lo era el director de la isla del Diablo; puesto que ni había manifestado ni había sentido el más mínimo interés por cualquiera de aquellos asuntos.

«Bien, señor, ¡pasemos a mi historia! Entre los convictos había un único deleite común, un deleite que tan sólo podía cesar con la propia vida o con el imperio de la razón, un deleite que el director podía (y pudo) realmente restringir, pero no eliminar. Me refiero a la esperanza, la esperanza de escapar. Sí señor, esa centella (única entre todos los antiguos fuegos) abrasaba este pecho y el de mis compañeros de prisión. Y en esto no me diferenciaba demasiado de los demás. Yo no estoy dotado de un gran intelecto», prosiguió modestamente, «mi abuela era inglesa pura, una Higginbotham, una de los Higginbothams de Warwickshire» («¿Qué tendrá que ver esto con su estupidez?», pensó Bevan) «y la mayoría de mis compañeros no sólo eran hombres carentes de inteligencia sino también de educación. La única excepción sobresaliente era el gran Dodu. ¡Ah!, comienza a interesarle». Bevan no había ofrecido la más mínima muestra de ello, y continuaba exhibiendo la más estólida indiferencia ante la historia.

«Sí, no se equivoca, era, en verdad, el mundialmente famoso filósofo, el descubridor del Dodium, el más raro de los elementos conocidos, que se supone que sólo existe en el universo en la cantidad de una trigésimo quinta milésima de miligramo, y ello en

la estrella llamada y Pegaso. Fue Dodu quien hizo pedazos el proceso lógico de reversión, y quien redujo el cuadrángulo de oposiciones al cuadro británico de Abu-Klea. Todo esto lo sabe usted; pero quizá no sepa que, aunque civil, fue el mayor estratega de Francia. Fue él quien desde su gabinete creó la disposición de los ejércitos de las Ardenas; y el esquema, en 1890, de las fortificaciones de Luneville se debe únicamente a su genio. Por esta razón el Gobierno se oponía a condenarle, aun cuando la opinión pública sentía una severa repulsión ante su crimen. Recordará que, habiéndose aprobado que las mujeres, pasada la edad de cincuenta años, representaban una carga inútil para el Estado, él puso de manifiesto tal opinión decapitando y devorando a su madre viuda. Consecuentemente, la intención del Gobierno era la de estar en connivencia con su huida durante el traslado, y continuar utilizándolo bajo un nuevo nombre en un piso de un barrio enteramente distinto de París. Sin embargo, el Gobierno cayó de repente; el rival lo sustituyó, y su sentencia fue cumplida con mucha mayor severidad, como si él fuera un vulgar criminal.

»Fue a tal hombre (naturalmente) a quien tuve en cuenta para trazar un plan de huida. A pesar de devanarme los sesos tanto como era capaz —mi abuela era una Higginbotham de Warwickshire—, no pude encontrar un modo de entrar en contacto con él. No obstante, debió de adivinar mis deseos; ya que, al día siguiente, tras casi un mes en la isla (yo llevaba allí siete meses), dio un traspié y cayó como si hubiese sufrido una insolación en el momento en que estaba cerca de él. Y mientras yacía en el suelo, consiguió pellizcarme el tobillo tres veces. Capté su mirada —me insinuó, más que ofrecerme, la señal de reconocimiento de fraternidad de los francmasones—. ¿Es usted masón?»

«Soy un antiguo diputado y portador de la gran espada de esta provincia», contestó Bevan. «Yo fundé la logia 14.883 “Boetica” y la logia 17.212 “Colenso” y soy antiguo grande Haggai en mi Gran Capítulo Provincial.»

«¡Lo sé!», exclamó Duguesclin con entusiasmo.

A Bevan le comenzó a disgustar esta conversación excesiva. ¿Sabía este hombre —este criminal— quién era él? Sabía que era un J. P., que su madre vivía, y ahora sus cargos masones. Desconfiaba cada vez más del francés. ¿Era esta historia un pretexto para pedirle

un préstamo? El extraño parecía próspero y viajaba en primera clase. Más bien un chantajista; quizá sabía otras cosas —como aquel asunto de Oxford, o el incidente de la calle Edgware, o el de Esmé Holland—. Se propuso permanecer más en guardia que nunca.

«Comprenderá usted con qué alegría», continuó Duguesclin, inocente y sin percibir los siniestros pensamientos en que se hallaba ocupado su compañero, «recibí esta inequívoca muestra de amistad y la correspondí. Aquel día no hubo ninguna otra oportunidad de intercambio, pero lo observé muy de cerca al día siguiente, y pude ver que arrastraba sus pies de forma irregular. ¡Ah!, pensé, arrastrar para raya, y un paso normal para punto. Le imité afanosamente, y reproduje en Morse la letra A. Su mente atenta comprendió enseguida el significado; alteró su código (que era de orden diferente) y contestó en Morse con la B en mi propio sistema. Repliqué con la C y él volvió con la D. A partir de aquel momento podíamos hablar fluida y libremente como si estuviésemos en la terraza del Café de la Paix, en nuestro amado París. No obstante, la conversación, en tales circunstancias es un asunto prolongado. Durante toda la marcha hacia nuestro trabajo, sólo pudo decirme: “Fuga pronto, quiera Dios”. Antes de su crimen había sido ateo. Era realmente agradable advertir que aquel castigo le había conducido al arrepentimiento».

Bevan mismo se sentía aliviado. Se había resistido escrupulosamente a admitir la existencia de un francmasón francés, que a alguien que se hubiera arrepentido le hubiese satisfecho con esa sensación de un triunfo casi personal. Comenzaba a agradarle Duguesclin, y empezaba a creer en él. Su error había resultado odioso; y si su venganza parecía excesiva e incluso indiscriminada, ¿no era acaso francés? ¡Los franceses hacen estas cosas! Y, además, todos los franceses son hombres. Bevan sintió una gran benevolencia; recordó que no sólo era hombre, sino también cristiano. Se propuso tranquilizar al extranjero.

«Su historia me interesa en gran medida», dijo. «Simpatizo con usted profundamente en sus errores y sus sufrimientos. Estoy sinceramente contento de que haya escapado, y le suplico que prosiga la narración de sus aventuras.»

Duguesclin no precisaba de tal estímulo. Su actitud, desde aquella lasitud indiferente con la que bajó del tren, se había tornado

animada, brillante, fiera; llevado por la excitación de sus apasionados recuerdos.

«El segundo día Dodu fue capaz de explicarse. “Si escapamos, ha de ser mediante una estratagema”, indicó. Era una observación obvia; pero Dodu no tenía motivos para pensar en las excelencias de mi inteligencia. “Mediante una estratagema”, repitió con énfasis.

»“Tengo un plan”, continuó. “Me llevará veintitrés días comunicártelo si no nos interrumpen; entre tres y cuatro meses prepararlo; y dos horas y ocho minutos llevarlo a cabo. Es teóricamente imposible escapar por el aire, agua o tierra. Y como estamos vigilados día y noche, sería inútil intentar excavar un túnel hasta tierra firme, no tenemos aeroplanos o globos ni forma alguna de construirlos. Pero si pudiéramos alcanzar una sola vez la orilla del mar, cosa que podemos hacer tomemos la dirección que tomemos siempre que vayamos en línea recta, si encontrásemos un bote que no estuviera vigilado y pudiésemos evitar la alarma, entonces simplemente tendríamos que cruzar el mar y encontrar un lugar en el que fuésemos desconocidos, o disfrazarnos, camuflar nuestro bote y regresar a la isla del Diablo como marinos náufragos. La última idea sería una locura. Usted dirá que el Gobernador pensaría que Dodu no iba a estar tan loco; es más, sabrá también que Dodu no estaría tan loco como para intentar valerse de tal circunstancia; y acertará, ¡lo maldeciría!”

»Implica un sentimiento de la más intensa profundidad el maldecir en código Morse con los pies… ¡Ah!, cómo lo odiábamos.

»Dodu me explicó que me decía estas cosas obvias por varias razones: 1) Para evaluar mi inteligencia mediante la recepción de ellas. 2) Para asegurarse de que si fallábamos sería a causa de mi estupidez y no de su negligencia, ya que me había informado de todos los detalles. 3) Porque había adquirido este hábito profesional así como otros pueden padecer de gota.

»Resumidamente, no obstante, éste era su plan: eludir a los guardias, dirigirse a la costa, conseguir un bote y hacerse a la mar. ¿Lo comprende? ¿Entiende la idea?»

Bevan contestó que le parecía el único plan posible.

«Un hombre como Dodu», continuó Duguesclin, «no da nada por supuesto. No deja ninguna precaución sin tomar; en sus planes, si la suerte es un elemento, es un elemento cuyo valor se calcula con

veintiocho decimales.

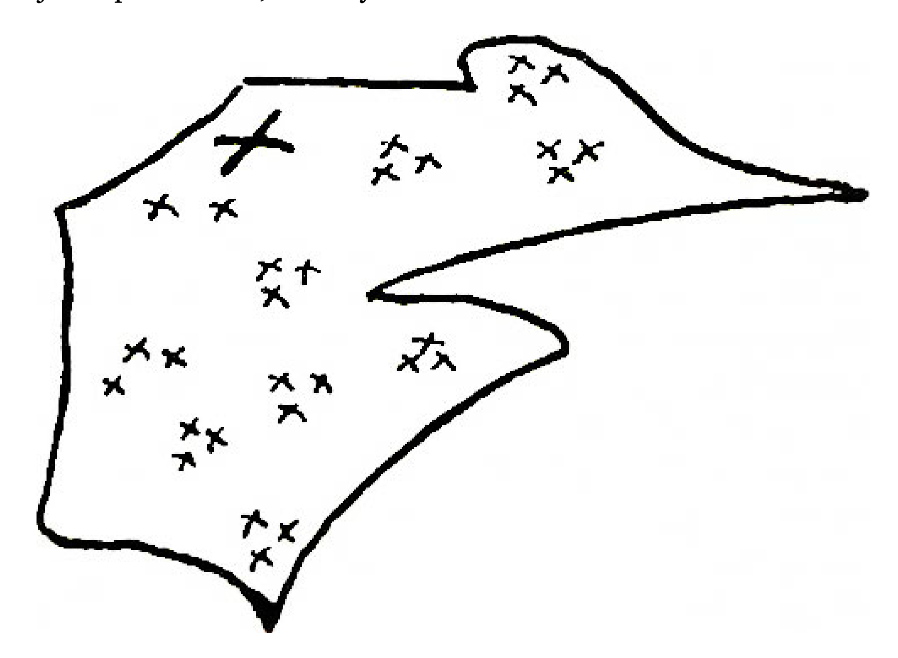
»Mas cuando apenas había expuesto estos audaces perfiles de su esquema, sobrevino la interrupción. El cuarto día de nuestra comunicación, él sólo indicó: “Espera. ¡Mírame!”, una y otra vez.

»Por la noche logró situarse al final de la fila de los convictos y sólo entonces me dijo: “Hay un traidor, un espía. De aquí en adelante debo encontrar un nuevo medio de comunicarte los detalles de mi plan. Lo he pensado todo. Hablaré en una suerte de jeroglífico que ni siquiera tú serás capaz de entender a no ser que tengas todas las piezas y la clave. Procura grabar en tu memoria cada una de las palabras que te diga”.

»Al día siguiente: “¿Recuerdas la toma del viejo molino por los prusianos, en 1870? Mi problema es que tengo que facilitarte el esqueleto del rompecabezas y no puedo hacerlo con palabras. Pero observa el trazo que deja mi pala y las huellas de mis talones y haz una copia”.

»Hice esto con la mayor minuciosidad y exactitud posibles y obtuve esta figura. En mi autopsia», dijo Duguesclin dramáticamente, «se encontrará grabada en mi corazón».

Sacó un cuaderno de su bolsillo, y rápidamente esbozó la figura adjunta para Bevan, ahora ya interesado.



«Advertirá que la figura tiene ocho lados, y que están dispuestas veintisiete cruces en grupos de tres, y en una esquina hay una cruz mucho más grande y gruesa y dos cruces más pequeñas no tan simétricas. Este grupo representa el elemento suerte: y se acercará a la verdad si considera que ocho es el cubo de dos y veintisiete de tres.»

Bevan miró inteligentemente.

«A la vuelta», continuó Duguesclin, «Dodu me dijo: "El espía está alerta. Pero cuenta las letras del nombre del discípulo favorito de Aristóteles". Adiviné (porque así me lo hizo ver) que no se refería a Aristóteles. Él quería sugerirme Platón, y por tanto Sócrates; de ahí que conté A-L-C-I-B-Í-A-D-E-S = 10, y por tanto desconcerté totalmente por aquel día al espía. Al día siguiente profirió "Rahu" con mucho énfasis, para decirme que el próximo eclipse lunar sería el momento apropiado para nuestra evasión, y derrochó el día en conversaciones menores, con la intención de mitigar las sospechas del espía. Durante tres días no tuvo oportunidad alguna de comunicarse, puesto que estuvo en el hospital con fiebre. El cuarto día: "He descubierto que el espía es un maldito cerdo, un teniente de Toulon fumador de opio. Lo tenemos, no conoce París. Así pues, ahora, traza una línea desde la estación del Este hasta l'Étoile, y levanta un triángulo equilátero sobre esa línea. Piensa en el nombre del hombre mundialmente famoso que vive en el vértice". (Esto era el toque de un genio superior, puesto que me obligaba a utilizar el alfabeto inglés para la base de la clave, y el espía no hablaba más lengua que la propia y un poco de suizo.) "A partir de ahora me comunicaré en una cifra del orden numérico directamente aditivo, y la clave será su nombre."

»Tan sólo mi constitución, incomparablemente fuerte, me permitió unir la labor de descifrar su conversación a la ya impuesta por el Gobierno. Para memorizar sin error una comunicación cifrada en media hora es de gran ayuda la mnemotecnia, especialmente cuando el mensaje descifrado se expresa con en el más oscuro simbolismo. El espía debía de haber pensado que su razón estaba en peligro si conseguía leer el jeroglífico que constituían las piezas simples del pensamiento director. Por ejemplo, recibía este mensaje: owhmomdvvtxskzvgcqxzllhtrejrgscpxjrmsgausrgwhbdxzldabe, que,

descifrado (y el espía debía rechinar sus dientes cada vez que Dodu indicaba una W), sólo significaba: “Los melocotones de 1761 son luminosos en los jardines de Versalles”.

»O también: “Cacería; el Papa recluso; la Pompadour; el Ciervo y la Cruz”. “Los hombres del cuatro de septiembre; su jefe dividido a causa de las cartas de la Víctima del ocho de Termidor.” “Crillon tuvo poca fortuna aquel día, aunque fue más valiente que nunca.”

»¡Tales eran las indicaciones a partir de las cuales pretendía unir las piezas de nuestro plan de huida!

»Quizá más por intuición que por razonamiento, reuní mediante unas doscientas claves que los guardias Bertrand, Rolland y Monet habían sido sobornados, que incluso se les había prometido adelantarles algo y (sobre todo) salir de aquella odiosa isla, que estarían en connivencia con nuestra huida. Parecía que el Gobierno hiciera uso de su primera estratagema. El eclipse tendría lugar diez semanas después, y no precisaba de soborno o promesa alguna. La dificultad residía en asegurar la presencia de Bertrand como centinela en nuestro pasillo, Rolland en la valla y Monet en la avanzada. Las posibilidades de que tal combinación coincidiera con el eclipse eran infinitesimales: 99.487.306.294.236.873.489 a 1.

»Sería una locura confiar en la suerte en un asunto de tal importancia. Dodu comenzó a trabajar para sobornar al propio gobernador. Esto fue, desgraciadamente, imposible; ya que a) nadie podía acercarse al gobernador, ni siquiera mediante los guardias sobornados como intermediarios; b) el agravio por el que había sido promovido a la dirección era de una naturaleza imperdonable para cualquier Gobierno. Era, en realidad, más prisionero que nosotros mismos; c) era un hombre de una gran fortuna, carrera segura e integridad probada.

»No quiero entrar ahora en su historia, que sin duda alguna conoce. Sólo le diré que era de tal índole que estos hechos (de apariencia tan curiosamente contradictoria a primera vista) le son totalmente propios. No obstante, el tono confidencial que vibraba en los mensajes de Dodu: “Recoge uvas en Borgoña; prensa toneles en Cognac, ¡ah!”. “El suflé con nueces está listo para nosotros cerca del Sena”, y similares, me demostraron que su gran cerebro no sólo había tratado de resolver el problema, sino que también lo había solucionado satisfactoriamente. El plan era perfecto; la noche del

eclipse aquellos tres guardias estarían en sus puestos correspondientes; Dodu rasgaría sus ropas en tiras, ataría y amordazaría a Bertrand y entonces me liberaría. Juntos caeríamos sobre Rolland y le despojaríamos de su uniforme y su rifle, dejándolo atado y amordazado. Nos aproximaríamos entonces a la costa, y haríamos lo mismo con Monet, y luego, vestidos con sus uniformes, tomaríamos el bote de un pescador de pulpos, bogaríamos hasta el puerto y solicitaríamos en nombre del gobernador utilizar su barco a vapor para perseguir a un fugitivo. Navegaríamos entonces siguiendo el rastro de los barcos y prenderíamos fuego al vapor, y así seríamos "rescatados" y conducidos a Inglaterra, desde donde podríamos concertar con el Gobierno francés la rehabilitación.

»Tal era el sencillo aunque sutil plan de Dodu. Incluso el detalle más pequeño era perfecto, hasta un día fatal.

»El espía, que padecía fiebre amarilla, cayó muerto de repente en los campos antes de que el "toque" de final de trabajo, a mediodía, hubiera sonado. Instantáneamente, sin un momento para la duda, Dodu se acercó a grandes zancadas y me dijo, aun a riesgo del látigo: "Todo el plan que te he transmitido cifrado estos últimos cuatro meses es como un velo. Aquel espía lo conocía en su totalidad. Sus labios están sellados con la muerte. Tengo otro plan, el auténtico, más sencillo y seguro. Te lo contaré mañana".»

La respiración de un motor que se aproximaba interrumpió este trágico episodio de las aventuras de Duguesclin.

«"Sí", dijo Dodu» (continuó el narrador), «"tengo un plan mejor. Tengo una estratagema. Te la contaré mañana"».

El tren que tenía que llevar al narrador y a su oyente hasta Mudchester asomó por la esquina.

«Aquella mañana», miró ceñudo Duguesclin, «aquella mañana no llegó nunca. El mismo sol que quitó la vida al espía detuvo de golpe el brillante cerebro de Dodu; aquella misma tarde, un maníaco farfullante fue introducido en la habitación acolchada y nunca más salió».

El tren se detuvo en el andén del pequeño empalme. Casi silbó en la cara de Bevan.

«No era Dodu», gritó, «era un criminal común, un epiléptico; nunca debiera haber sido enviado a la isla del Diablo. Enloqueció

durante meses. Sus mensajes no tenían sentido en absoluto; ¡fue una broma cruel y práctica!».

«Pero cómo», dijo Bevan al subir a su vagón mirando hacia atrás, «¿cómo escapó usted al final?».

«Mediante una estratagema», contestó el irlandés, y se subió a otro compartimiento.

EL TESTAMENTO DE MAGDALEN BLAIR

PARTE I

I

EL tercer trimestre, yo ya era la alumna preferida del profesor Blair. Él pasaba gran parte de su tiempo alabando mi esbelta figura y mi rostro travieso, mis grandes y redondos ojos grises y mis largas pestañas negras; mas esa primera impresión no era mi único don. Pocos hombres y, creo, ninguna mujer, podían acercárseme en uno de los más apreciados requisitos para el estudio científico: la facultad de percibir las más mínimas diferencias.

Mi memoria era escasa, extraordinariamente escasa; tuve, además, graves problemas para ingresar en Cambridge. Pero podía ajustar un micrómetro mejor que cualquier estudiante o profesor, y leer un vernier con una exactitud a la que ningún otro podía aspirar. A esto había que añadir una facultad subconsciente de cálculo que era realmente sobrenatural. Si me empeñaba en mantener una solución entre, por ejemplo, 70° y 80°, no tenía necesidad de mirar el termómetro. Automáticamente percibía que el mercurio estaba cerca del límite, pasaba a otro trabajo y ajustaba el Bunsen sin pensarlo.

Más extraordinario todavía: si alguien colocaba un objeto sobre mi banco sin mi conocimiento y después lo retiraba, yo podía, si se me preguntaba pocos minutos después, describir el objeto en términos generales, distinguiendo especialmente la forma de su base y su grado de opacidad al calor y a la luz. A partir de estos datos, podía hacer un pronóstico acertado sobre el objeto de que se trataba.

Esta facultad mía fue examinada repetidas veces, y siempre con éxito. Una extrema sensibilidad para los mínimos cambios térmicos era su causa.

Incluso ya entonces, era una buena lectora del pensamiento. Las otras chicas me temían. No tenían razones para ello, puesto que yo ni tenía ambición ni energía para hacer uso de cualquiera de mis poderes. Incluso ahora, cuando entrego a la humanidad este mensaje de un destino tan espantoso que me ha convertido —a los 24 años de edad— en una náufraga encogida, agostada y marchita, estoy supremamente cansada, soy supremamente indiferente.

Poseo el corazón de un niño y la conciencia de Satán, el letargo que sufro no es enfermedad; e incluso, agradezco —¡oh!, ¡no es posible Dios alguno!— el propósito de prevenir a la humanidad para que no siga mi ejemplo, y después hacer explotar un cartucho de dinamita en el interior de mi boca.

II

Durante mi tercer curso en Newnham, pasaba cuatro horas al día en casa del profesor Blair. Arrinconaba cualquier otro trabajo o incluso lo realizaba mecánicamente. Todo sucedió gradualmente, como resultado de un percance.

El laboratorio químico tiene dos habitaciones, una de ellas pequeña y que es posible oscurecer. En aquella ocasión (el último trimestre del segundo curso), dicha habitación estaba siendo utilizada. Era la primera semana de junio, y el tiempo era extremadamente bueno. La puerta estaba cerrada. Dentro estaba una chica, sola, experimentando con el galvanómetro.

Yo estaba absorta en mi trabajo. Casi sin advertirlo, levanté la vista. «Cuidado», dije, «Gladys va a desmayarse». Todos los que estaban en la habitación me miraron. Había recorrido unos doce pasos hacia la puerta, cuando la caída de un cuerpo pesado sobresaltó el laboratorio.

Fue a causa del calor y el ambiente cerrado, y de Gladys, que no debería haber venido en absoluto a trabajar aquel día; pero se reanimó fácilmente, y después el ayudante tuvo que soportar la

anarquía que siguió. «¿Cómo lo sabía ella?» fue la duda universal ante aquello que yo tenía por normal. Ada Brown *(Athanasia contra mundum)* se negaba a creerlo; Margaret Letchmere creía que yo debía de haber oído algo, quizá un lamento inaudible para los demás, que tenían ocupada su atención; Doris Leslie habló de una segunda visión, y Amy Gore de «simpatía». Todas las teorías, tomadas en conjunto, daban vueltas al reloj de la conjetura. El profesor Blair irrumpió en el momento más acalorado del debate, calmó la estancia en dos minutos, obtuvo los datos en cinco, y me llevó a cenar con él. «Creo que es un asunto de termopila humana el tuyo», dijo. «¿Te importaría que hiciésemos unas pruebas después de la cena?» Su tía, que se encargaba de la casa, protestó en vano, y fue nombrada Gran Superintendente de Cámara de mis cinco sentidos.

En primer lugar, examinó mi oído, y era normal. Después me vendó los ojos, y la tía (con gran sigilo) se situó entre el profesor y yo. Sentí que podía describir incluso los más pequeños movimientos que él hacía, siempre y cuando estuviese entre mi persona y la ventana de poniente y no, en cambio, cuando se movía en las restantes direcciones. Esto, que está en conformidad con la teoría de la Termopila, era desmentido completamente en otras ocasiones. Los resultados —en resumen— fueron muy notables y misteriosos, y desperdiciamos dos preciosas horas en fútiles teorías. Durante este experimento, la tía (frunciendo extremadamente el ceño) me invitó a pasar las vacaciones en Cornwall.

Aquellos meses, el profesor y yo trabajamos tenazmente con la finalidad de descubrir, de forma exacta, la naturaleza y límite de mis poderes. El resultado fue, en cierto modo, nulo.

Por alguna razón, estos poderes continuaban «desatándose en un lugar nuevo». Me pareció hacer todo lo que hice con la percepción de las más mínimas diferencias; pero después semejaba como si tuviera toda clase de dispositivos diferentes. «Uno retrocede y otro progresa», dijo el profesor Blair.

Aquellos que nunca han efectuado experimentos científicos no pueden concebir cuán numerosas y sutiles son las fuentes del error, incluso en los asuntos de mayor sencillez. En tan oscuro y nuevo campo como es el de la investigación, ningún resultado es fidedigno mientras no ha sido verificado un millar de ocasiones. En nuestro

campo no descubrimos constantes, sino variables.

Aunque tuviéramos cientos de hechos, y cualquiera de ellos pareciera capaz de derribar todas las teorías aceptadas acerca de los medios de comunicación entre mente y mente, no tendríamos nada, absolutamente nada que pudiéramos utilizar como base de una nueva teoría.

Es naturalmente imposible incluso esbozar, en líneas generales, la marcha de nuestra investigación. Veintiocho cuadernos escritos con letra apretada, y que refieren este primer período, están a disposición de mis albaceas.

III

A mitad del tercer curso, mi padre cayó gravemente enfermo. Pedaleé hasta Peterborough enseguida, sin pensar en mi trabajo. (Mi padre es canónigo de la Catedral de Peterborough.) Al tercer día, recibí un telegrama del profesor Blair: «¿Querrías ser mi esposa?». Nunca me había visto a mí misma como mujer, o a él como hombre, hasta aquel momento; y en aquel momento supe que lo amaba y que siempre lo había amado. Era un caso que cualquiera podría calificar como «Amor a la primera ausencia». Mi padre se recobró rápidamente, volví a Cambridge; nos casamos la primera semana de mayo y partimos inmediatamente hacia Suiza. Me excuso al evitar la relación de un período de mi vida tan sacro, pero debo recordar un hecho.

Estábamos sentados en un jardín cerca del lago Maggiore, después de una amena caminata desde Chamonix —cerca del Col du Géant— hasta Courmayeur, y desde allí hacia Aosta, y luego —poco a poco— hasta Pallanza. Arthur se levantó aparentemente iluminado por una idea, y comenzó a pasear por la terraza arriba y abajo. De súbito me vi impelida a girar mi cabeza para cerciorarme de su presencia.

Esto debe de resultar insignificante para ti que lees, a no ser que poseas verdadera imaginación. Pero imagínate hablando con un amigo a plena luz, e inclinándote de repente para tocarlo. «¡Arthur!», grité, «¡Arthur!».

La aflicción de mi voz le indujo a acercarse a mi lado. «¿Qué ocurre, Magdalen?», gritó con inquietud en cada una de sus palabras.

Cerré mis ojos. «¡Muévete!», le dije. (Él estaba justo entre el sol y yo.) Obedeció extrañado.

«Estás… estás…», tartamudeé. «¡No! No sé lo que estás haciendo. ¡Estoy ciega!»

Él movía su brazo arriba y abajo. Inútil, me mostré totalmente insensible. Repetimos una docena de experimentos aquella noche. Todos fallidos.

Ocultamos nuestra frustración y nada nubló nuestro amor. La armonía se fue haciendo entre nosotros más sutil y más fuerte, pero sólo como cuando crece entre aquellos hombres y mujeres que se aman con todo su corazón y se aman altruistamente.

IV

Regresamos a Cambridge en octubre, y Arthur se adentró con energía en el trabajo del nuevo curso. Luego enfermé, y la esperanza que habíamos atesorado resultó defraudada. Peor aún, el curso de la enfermedad reveló un aspecto que requería la más completa serie de operaciones que una mujer puede resistir. No sólo la pasada esperanza, sino también la futura fue aniquilada.

Fue durante mi convalecencia cuando tuvo lugar el incidente más extraordinario de mi vida. Una tarde, tenía grandes dolores y deseaba ver al médico. La enfermera fue al estudio para telefonearle.

—¡Enfermera! —le dije cuando regresó—. No me mienta. No se ha ido a Royston; tiene cáncer y está demasiado trastornado como para venir.

—¿Y qué más? —dijo la enfermera—. Es cierto que no puede venir e iba a decirle a usted que había ido a Royston; pero yo no sabía nada acerca del cáncer.

Era cierto; no se lo había dicho. Pero a la mañana siguiente supimos que mi «intuición» era correcta.

Tan pronto como mejoré, emprendimos de nuevo nuestros

experimentos. Mis poderes habían tornado, triplicados en su fuerza.

Arthur explicaba mi «intuición» como sigue:

—El doctor (la última vez que lo viste) no era consciente de que tenía cáncer; pero subconscientemente la Naturaleza le dio un aviso. Tú lo percibiste de forma subconsciente, y ha aparecido en tu conciencia al leer en el rostro de la enfermera que él estaba enfermo.

Esta explicación, tan rebuscada como puede parecer, evita al menos teorías superficiales en torno a la «telepatía».

Desde aquel momento, mis poderes crecieron de manera constante. Podía leer los pensamientos de mi marido a partir de los movimientos imperceptibles de su rostro tan fácilmente como un sordomudo puede, en ocasiones, leer las palabras de alguien que está lejos a través del movimiento de los labios.

Paralelamente a nuestro trabajo, día a día, descubrí mi dominio —cada vez más completo— sobre cualquier detalle. No era sólo que pudiera leer las emociones; incluso podía decir si él pensaba en 3465822 o en 3456822. El año posterior a mi enfermedad, hicimos 436 experimentos de este tipo, cada uno de ellos durante varias horas. De un total de 9363, sólo 122 errores; y todos ellos, sin excepción, parciales.

Al año siguiente, nuestros experimentos se extendieron a la lectura de sus sueños. Me mostré igualmente dotada para ello. Mi papel consistía en abandonar la habitación antes de que él se despertase, y escribir el sueño que él había tenido mientras le esperaba para desayunar; momento en que podía comparar su recuerdo con el mío.

Eran invariablemente idénticos, con la excepción de que mi recuerdo era siempre mucho más completo que el suyo. Él podía, casi siempre, dar a entender, no obstante, que recordaba los detalles que yo le proporcionaba; pero esto (creo) no tiene valor científico real.

Mas ¿qué importa todo esto, cuando pienso en el horror inminente?

V

Que mi único medio de conocer los pensamientos de Arthur fuese a través de la lectura de sus gestos faciales, se convirtió en algo más que dudoso al tercer año de nuestro matrimonio. Practicábamos una «telepatía» desvergonzada. Excluimos la «lectura de gestos», la «superaudición» y la «termopila humana» mediante estudiadas precauciones, aun cuando era capaz de leer cualquier pensamiento de su mente.

Un año, durante nuestras vacaciones de Pascua en el norte de Gales, nos separamos una semana; al final de dicha semana él tenía que estar a sotavento y yo a barlovento de Tryfan, y a una hora fijada tenía que abrir y leer allí un paquete precintado que le había entregado «un extraño que había conocido en Pen-y-Pass aquella semana». El experimento resultó enteramente satisfactorio; reproduje cada una de las palabras del documento. Si la «telepatía» existe para ser transgredida, ¡sólo cabe la hipótesis de que me hubiera encontrado previamente con el «extraño» y hubiera leído en su rostro lo que escribiría en tales circunstancias! Ciertamente, ¡la comunicación directa, mente con mente, es una hipótesis más sencilla!

Si hubiese sabido en qué iba a acabar todo esto, supongo que me habría vuelto loca. Pero soy tan afortunada que puedo prevenir a la humanidad sobre lo que espera a cada uno. El mayor benefactor de esta estirpe será aquel que descubra un explosivo indefinidamente más veloz y devastador que la dinamita. Si tan sólo pudiese confiar en mí, prepararía cloruro de nitrógeno en la cantidad suficiente…

VI

Arthur fue volviéndose apático e indiferente. La perfección del amor nacido de nuestro matrimonio fue desvaneciéndose sin aviso, mediante imperceptibles caídas. Mi despertar ante este hecho fue, no obstante, totalmente repentino.

Era una tarde de verano, estábamos remando en Cambridge. Uno de los alumnos de Arthur, también en una canoa canadiense, nos retó a una carrera. En el puente de la Magdalena íbamos un largo por delante, y de repente oí el pensamiento de mi marido. Fue

la más odiosa y horrible risa que pueda concebirse. Ningún demonio podría reírse así. Grité y dejé caer mi pala. Ambos me creyeron enferma. Me aseguré de que la risa no perteneciese a alguien que estuviera en el puente y hubiese distraído mi sistema suprasensitivo. No dije nada más; Arthur me miró circunspecto.

Por la noche, tras un largo período de meditación, repentinamente me preguntó: «¿Era aquello mi pensamiento?». Sólo pude tartamudear que no lo sabía.

De vez en cuando, se quejaba de la fatiga y la apatía a las que yo antes no había concedido importancia; y adquirió un aspecto horrible. ¡Había algo en él que no era él! La indiferencia había aparecido de forma transitoria, y ahora me daba cuenta de que era constante e iba en aumento. Yo tenía entonces 23 años. Extrañará que escriba con tanta madurez. En ocasiones pienso que nunca he tenido pensamientos propios, que siempre he estado leyendo los pensamientos de otro, o quizá los de la Naturaleza. Me parece que sólo he sido mujer en aquellos escasos primeros meses de matrimonio.

VII

Los seis meses siguientes no me depararon nada fuera de lo normal, salvo seis o siete ocasiones en las que tuve sueños intensos y terribles. Arthur no participó de ellos. Yo sabía —aunque no puedo decir cómo— que aquéllos eran sus sueños y no los míos, o mejor dicho, que estaban en su subconsciente y se despertaban por sí mismos; como uno que tuvo lugar una tarde que había salido a cazar y, por tanto, no estaba dormido.

El último de ellos ocurrió hacia el final del primer trimestre. Él estaba dando clase como de costumbre y yo estaba en casa, como aletargada tras un desayuno muy fuerte que había seguido a una noche de insomnio. De repente vi una imagen del aula, enormemente más grande que la real, tanto que ocupaba todo el espacio; y en la tarima, sobresaliendo en todas direcciones, estaba un atroz y mortal demonio, pálido, con un rostro que era una blasfemia del de Arthur. El gozo que le producía el mal era

indescriptible. Pálido e hinchado; con sus labios indeterminados y exangües; pliegue tras pliegue, su vientre se volcaba sobre la tarima y empujaba a los alumnos fuera del vestíbulo, mientras miraba inefablemente de soslayo. Después, su boca derramó estas palabras: «Damas y caballeros, el curso ha terminado. Pueden irse a casa». No soy capaz, siquiera, de sugerir la maldad y corrupción que había en aquellas palabras. Más tarde, hizo de su voz un irritante chillido y gritó: «¡Clara de huevo! ¡Clara de huevo! ¡Clara de huevo!», una y otra vez durante veinte minutos.

El efecto sobre mi persona fue conmocionante. Era como si hubiese tenido una visión del Infierno.

Arthur me encontró en estado de histeria, pero pronto me calmó. «¿Sabes?», me dijo durante la cena, «¡creo que padezco un enfriamiento del demonio!».

Fue la primera vez que le oía quejarse de su salud. En aquellos seis años nunca había padecido más que dolores de cabeza.

Le conté mi «sueño» cuando estábamos en la cama, y se mostró extrañamente serio, como si supiese dónde me había equivocado al interpretarlo. Por la mañana tenía fiebre; hice que permaneciera en cama y envié a buscar al doctor. Aquella misma tarde supe que Arthur estaba gravemente enfermo; que llevaba enfermo, en realidad, meses. El doctor diagnosticó el mal de Bright.

VIII

Lo llamé «el último sueño». Durante el siguiente año, viajamos y probamos varios tratamientos. Mis poderes seguían siendo excelentes, pero no percibía ningún horror del subconsciente. Con pocas fluctuaciones, él continuamente empeoraba; se mostraba cada vez más apático, más indiferente, más deprimido. Redujimos obligadamente nuestros experimentos. Sólo un problema le inquietaba: el problema de su personalidad. Comenzó a preguntarse quién era. No quiero decir que padeciese engaños, sino que el problema del verdadero Ego se apoderó de su imaginación.

Una apacible noche de verano en Contrexéville se sintió mucho mejor; los síntomas habían (temporalmente) desaparecido casi por

completo bajo el tratamiento de un doctor de Spa con mucha experiencia, un tal Dr. Barbézieux, el hombre más amable y cabal del mundo.

—Voy a intentar —dijo Arthur—, penetrar en mí mismo. ¿Acaso soy un animal y no tiene sentido el mundo? ¿O soy un alma dentro de un cuerpo? ¿O soy yo, único e indivisible, según una inteligencia increíble, una centella de la luz infinita de Dios? Voy a concentrarme, probablemente entraré en alguna forma de trance que me es ininteligible. Tú puedes interpretarla.

El experimento se prolongó durante una media hora, tras haberse sentado y respirar con grandes esfuerzos.

—No he visto nada, no he oído nada —dije—. Ningún pensamiento ha pasado de ti hacia mí.

Pero justo en ese momento, aquello que había ocupado su mente alumbró la mía.

—Es un abismo ciego —le dije—, y lo sobrevuela un buitre más grande que todo el sistema estelar.

—Sí —dijo él—, eso es. Pero no es todo. No puedo ir más allá. Lo intentaré de nuevo.

Lo intentó. Una vez más me fue negado su pensamiento, aunque su rostro se encontraba tan contraído que cualquiera podría haber afirmado que podía leer su pensamiento.

—He estado buscando en lugar erróneo —dijo de súbito, aunque muy sosegado y sin moverse—. Aquello que busco reside en la base de la espina dorsal.

Entonces lo vi. En un cielo azul se encontraba enroscada una serpiente dorada y verde, infinita, con cuatro ojos en llamas de fuego negro y rojo que lanzaban rayos en todas direcciones; en el interior de la espiral había una enorme multitud de niños que reían.

Y una vez que lo vi, todo aquello desapareció. Serpenteantes ríos de sangre que manaban del cielo, de sangre purulenta con formas indescriptibles: perros sarnosos que arrastraban sus intestinos tras ellos; criaturas mitad elefante, mitad escarabajo; cosas que no eran sino un horrible ojo inyectado en sangre y que poseían en sus extremos tentáculos coriáceos; mujeres cuya piel se hinchaba y burbujeaba como el azufre hirviendo, que desprendían nubes y tomaban miles de formas más horribles que su origen; éstos eran los más insignificantes pobladores de aquellos odiosos ríos. La mayoría

eran cosas imposibles de nombrar o de describir.

Regresé de tal visión a causa de la estentórea y ahogada respiración de Arthur, que se hallaba embargado por una convulsión.

A partir de entonces ya nunca se recuperó. Su vista fue haciéndose cada vez más débil, su voz más torpe y más ronca, sus dolores de cabeza más persistentes y agudos.

La torpeza ocupó el lugar de su anterior energía y espléndida agilidad; los días convirtieron su continuo letargo en un descenso hacia el coma. Las convulsiones, algunas veces, me alarmaban por su peligro inminente.

En ocasiones su respiración regresaba fuerte y siseante, como una serpiente enfurecida; hacia el final tomó la forma de Cheyne-Stokes, con estallidos que aumentaban cada vez más su duración y violencia.

Con todo ello, no obstante, él era todavía el mismo. El horror de ser y sin embargo no ser él mismo no asomó tras de aquel velo.

—Mientras sea consciente de mí mismo —dijo en uno de sus raros accesos de lucidez—, puedo comunicarte lo que estoy pensando conscientemente; tan pronto como esta consciencia de mi ego sea anulada, tendrás el pensamiento subconsciente que temo, ¡oh, cómo temo!, y que es la parte mayor y más verdadera de mí. Has aducido increíbles explicaciones del mundo del sueño, eres la única mujer del mundo (quizá nunca pueda haber otra) que tiene tal oportunidad para estudiar el fenómeno de la muerte.

Me pidió encarecidamente que enjugara mi pena y que me concentrase exclusivamente en los pensamientos que pasasen por su mente cuando él ya no pudiera expresarlos, y también en los de su subconsciente cuando el coma anulase la consciencia.

Éste es el experimento que ahora me obligo a narrar. El prólogo ha sido largo, pero ha sido necesario para situar los hechos, de forma sencilla, ante la humanidad; con el fin de que podamos gozar de la oportunidad de un suicidio adecuado. Suplico a mis lectores muy seriamente que no duden de mis afirmaciones. Las notas de nuestros experimentos, es mi deseo dejárselas al mayor pensador vivo de la actualidad, al profesor Von Buehle, que demostrará la veracidad de mi relato y la enorme y terrible necesidad de una acción drástica e inmediata.

PARTE II

I

EL hecho físico más sorprendente de la enfermedad de mi marido era su inmensa postración. Un cuerpo tan fuerte, como daban prueba de ello las tan frecuentes convulsiones, ¡tal inercia en él! Podía permanecer tumbado como un leño todo el día; y después, sin advertencia o causa aparente alguna, comenzaban las convulsiones. El cerebro de Arthur, científico y estable, se mantenía bien; tan sólo dos días antes de su muerte comenzó el delirio.

Yo no estaba con él; agotada como me encontraba, e incapaz por completo de dormirme, el doctor había insistido en acompañarme a dar un largo paseo en coche. Yo dormitaba con el aire fresco. Me desperté al escuchar una voz que me era familiar y que me decía al oído: «Ahora, ¡gocemos de la belleza!». No había nadie allí. Seguí la voz de mi marido, que se mostraba como nunca la había conocido ni amado: clara, fuerte, resonante, modulada: «Anota esto, es muy importante. Estoy penetrando en el poder del subconsciente. No puedo hablarte más. Pero estoy aquí, no voy a conmoverme por todo lo que puedo sufrir; siempre puedo pensar, y tú siempre puedes leer mi…». La voz cesó de repente y luego preguntó: «¿Pero terminará esto alguna vez?», como si alguien le hubiera hablado. Después oí la risa. La risa que había oído cerca del puente de la Magdalena ¡era música celestial al lado de aquélla! El rostro de Calvino incluso, cuando gozaba con la pira de Servet, se habría tornado compasivo si la hubiera oído; tan perfectamente expresaba la quintaesencia de la maldición.

Ahora bien, el pensamiento de mi marido parecía haber cambiado de lugar. Era bajo, interno, apartado. Me dije: «¡Está muerto!».

Más tarde llegó el pensamiento de Arthur: «Sería mejor simular que estoy loco. Quizá así la salve, y será un cambio. Simularé que la he matado con un hacha. ¡Maldita sea! Espero que no esté escuchando». Yo estaba ya completamente despierta y le dije al conductor que volviésemos a casa rápidamente.

«Espero que se mate con el coche, espero que se destroce en un

millón de pedazos. ¡Oh Dios! ¡Escucha mi único ruego! ¡Permite que un anarquista lance una bomba que destroce a Magdalen en un millón de pedazos! ¡Especialmente el cerebro! Sobre todo el cerebro. ¡Oh Dios!, mi primer y único ruego: ¡Destroza a Magdalen en un millón de pedazos!»

Lo horrible de este pensamiento —entonces y ahora— era mi convicción de que se mostraba perfectamente sensato y coherente. Por ello yo temía por completo pensar en lo que pudieran significar tales palabras.

Me encontré cerca de la puerta de la habitación al enfermero, que me pidió que no entrase. De forma incontrolada pregunté: «¿Está muerto?»; y aun cuando Arthur yacía absolutamente sin conocimiento sobre la cama, leí su pensamiento que me respondía: «¡Muerto!», pronunciando silenciosamente en tonos tales de burla, horror, cinismo y desesperación como nunca había oído. Existía algo o alguien que sufría infinitamente, y aun así gozaba sobremanera con tal sufrimiento. Y ese algo era un velo entre Arthur y yo.

El respirar siseante comenzó de nuevo. Parecía que Arthur estaba intentando expresarse como él mismo, como el que yo conocía. Intentó articular débilmente: «¿Es la policía? ¡Déjenme salir de casa! La policía viene a buscarme. Maté a Magdalen con un hacha». Comenzaron a aparecer los síntomas del delirio. «Maté a Magdalen», murmuró una docena de veces, y después cambió por «Magdalen con» repetidamente; la voz baja, lenta, gruesa, uniforme.

Luego, de repente, clara y alta, intentó erguirse en la cama: «Destrocé a Magdalen en un millón de pedazos con un hacha». Y después de una pausa: «Un millón no es mucho en la actualidad». A partir de entonces —instante en el que creo ahora reconocer las palabras de Arthur sano— entró de nuevo en el delirio. «Un millón de pedazos», «un millón frío», «un millón, millón, millón, millón, millón, millón», y así sucesivamente; y luego, abruptamente: «El perro de Fanny está muerto».

No puedo explicar esta última frase a mis lectores; puedo, no obstante, señalar que significaba algo para mí. Estallé en lágrimas. Y en aquel momento me llegó el pensamiento de Arthur: «Deberías ocuparte del cuaderno, no de llorar». Sequé mis ojos resueltamente y, con valentía, comencé a escribir.

II

El doctor entró en aquel momento y me suplicó que me retirase a descansar.

—Unicamente se está usted angustiando, Sra. Blair —dijo—, y sin necesidad, puesto que él está totalmente inconsciente y no sufre. —Y tras una pausa—: ¡Dios mío! ¿Por qué me mira así? —exclamó asustado y saliéndose de sus casillas. Creo que mi rostro había reflejado algo de aquel demonio, algo de aquel gesto que repugnaba, de aquel residuo de desprecio y de completa desesperación.

Me ensimismé, avergonzada por aquello que sabía, por tan bajo y ruin saber, que hubiese engolado a cualquiera con odioso orgullo. ¡No era de extrañar que Satán descendiese! Comencé a comprender todas las viejas leyendas, y mucho más.

Le dije al doctor Kershaw que estaba satisfaciendo las últimas voluntades de Arthur. No se opuso más; pero le vi hacer una señal al enfermero para que me vigilase.

El enfermo nos llamó por señas, con un dedo. No podía hablar, trazaba círculos sobre la colcha. El doctor (con la inteligencia que le caracterizaba), una vez contados los círculos, asintió y dijo:

—Sí, son casi las siete. La hora de tomar su medicina, ¿eh?

—No —contesté—, quiere decir que está en el séptimo círculo del Infierno de Dante.

En ese instante entró en un período de estrepitoso delirio. Salvajes y prolongados aullidos estallaban desde su garganta, estaba siendo triturado incesantemente por «Díte»; cada aullido suponía el encuentro con los dientes del monstruo. Se lo expliqué al doctor.

—No —me dijo—, está totalmente inconsciente.

—Bien —repliqué—, aullará unas ochenta veces más.

El doctor Kershaw me miró con curiosidad, pero comenzó a contar. Mi cálculo fue correcto. Se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Es usted una mujer?

—No —le dije—, soy colega de mi marido.

—Creo que es sugestión. ¿Lo ha hipnotizado usted?

—Nunca, pero puedo leer sus pensamientos.

—Sí, lo recuerdo ahora, leí un artículo muy notable en *Mind*, hace dos años.

—Era un juego de niños, pero permítame continuar con mi trabajo.

Le dio las últimas instrucciones al enfermero y salió.

El sufrimiento de Arthur era, en aquel momento, indecible. Triturado como estaba en el interior de un pulpo que atravesaba la lengua de «Dite», cada fragmento sangrante tenía su propia identidad y la de Arthur.

Las papilas de la lengua eran serpientes, y cada una hacía rechinar sus dientes envenenados sobre aquel alimento.

Y entonces, aunque la sensibilidad de Arthur se mostraba absolutamente incólume, incluso hiperestésica, su conciencia del dolor parecía depender de la apertura de aquella fauce. Una vez finalizada la masticación, el olvido cayó sobre él como un rayo. ¿Un olvido misericordioso? ¡Oh! ¡Qué golpe maestro de crueldad! Una y otra vez iba de la nada a un infierno de agonía, de puro éxtasis de agonía, hasta que comprendió que continuaría así durante toda su vida. La alternancia no era sino una sístole y una diástole, el latido de su pulso envenenado, el reflejo en su consciencia del batir de la sangre. Llegué a ser consciente de su intenso anhelo de muerte, que acabaría con la tortura.

La sangre circulaba cada vez más lenta y dolorosamente, podía percibir su deseo de que llegase el final.

Esta repugnante rosa del alba se tornó gris de repente y enfermó. La esperanza se hundió en su nadir, y la rosa del miedo como un dragón, con alas de plomo. Supongo, pensó él, que después de todo, ¡la muerte no terminará conmigo!

No puedo expresar esta idea. No fue que el corazón se hundiera, no tenía dónde hundirse, se sabía inmortal, e inmortal en un reino de dolor y terror inimaginables, no iluminado por resplandor de luz alguna sino por aquel pálido fulgor de odio y pestilencia. Este pensamiento tomó forma en estas palabras:

YO SOY AQUEL QUE SOY.

No puede decirse que la blasfemia se sumase al horror, sino que ésta era la esencia misma del horror. Era el rechinar de los dientes de un alma maldita.

III

La forma del demonio, que podía reconocer ahora claramente como aquella que había aparecido en mi último «sueño» de Cambridge, parecía tragárselo. En aquel momento, una sacudida convulsa del moribundo y un vómito sacó al «demonio». Al instante, una teoría completa me iluminó: este «demonio» era una personificación imaginaria de la enfermedad. Entonces comprendí de súbito la demonología, desde Bodin y Weirus hasta los modernos, sin carencia alguna. Pero ¿era imaginario o era real? ¡Lo bastante real como para tragarse el pensamiento «sano»!

En ese momento reapareció el Arthur anterior.

—¡No soy el monstruo! Soy Arthur Blair, de Fettes y Trmity. He pasado por un paroxismo.

El enfermo se agitó febrilmente. Una parte de su cerebro se había librado del veneno por ahora y trabajaba furiosamente contra el tiempo.

«Voy a morir.

»El consuelo ante la muerte es la Religión.

»La Religión no tiene utilidad en la vida.

»¡Cuántos ateos que no he conocido firman pactos de amor a cuerpos y vidas! La Religión es, en la vida, o una diversión y un soporífero, o una falsedad y una estafa.

»Fui educado por un presbiteriano.

»¡Qué fácilmente me llevó la deriva hacia la Iglesia Anglicana!

»Y ahora, ¿dónde está Dios?

»¿Dónde está el Cordero de Dios?

»¿Dónde está el Salvador?

»¿Dónde está el Consuelo?

»¿Por qué no se me libra de ese demonio?

»¿Va a tragarme de nuevo? ¿A absorberme hacia su interior? ¡Oh inconcebiblemente odioso hado! Todo está claro para mí: ¡Espero que acabes con él, Magdalen!, puesto que el demonio está hecho de todos aquellos que han muerto del mal de Bright. Deben de ser diferentes para cada enfermedad. Yo creí que vería al menos una vez la vomitiva ciénaga de limo sangriento.

»Permíteme rezar.»

Siguió a esto una frenética llamada al Creador. Sincera como

fue, podría leerse como una irreverencia impresa.

Y luego, allí, llegó el horror fríamente meditado de la pura blasfemia contra este Dios, que no respondió.

Tras ella, la triste y oscura agonía de la convicción, de la absoluta evidencia: «Dios no existe»; junto a una ola de frenética ira contra todos aquellos que le habían asegurado alegremente que existía. Y casi enloquecido, deseaba que sufrieran más que él mismo a ser posible.

(¡Pobre Arthur! Aún no había arrancado de sí la uva del Sufrimiento e iba a beber la esencia más amarga de su poso.)

«¡No! —pensó—, quizá carezco de su “fe”.

»Quizá si pudiese llegar a creer de veras en Dios y Cristo, quizá si pudiese engañarme, si pudiese hacer creer…»

Tal pensamiento es capaz de acabar con la honestidad de cualquiera, de hacer abdicar a la razón. Y ello marcó el fútil esfuerzo final de su voluntad.

El demonio lo atrapó y trituró, y el delirio estrepitoso comenzó de nuevo.

Mi carne y mi sangre se sublevaron. Arrebatada por un vómito moral, salí de la habitación, y con resolución —durante una hora entera— aparté mi sensorio del pensamiento. Siempre fui consciente de que la más ligera nube de humo de tabaco en una habitación distraía en gran medida mi poder. En esta ocasión, fumaba un cigarrillo tras otro con excelentes resultados. Desconocía lo que habría de ocurrir.

IV

Arthur, aguijoneado por el quilo venenoso, agitaba aquel vasto y arqueado vientre —que semejaba la cúpula del infierno— y se revolvía en su limo burbujeante. Supe que no sólo se desintegraba mecánica sino también químicamente, que su ser se fragmentaba cada vez más en partes, y que éstas se asimilaban en nuevos y odiosos órganos; y lo que era peor: Arthur permanecía inmune a todo, ajeno, intacto, con la memoria y la razón más agudas que la nueva y horrorosa experiencia que las conformaba. Me parecía

como si algún estado místico estuviese superpuesto al tormento; por un instante no era él, definitivamente no, pero esa masa de consciencia torturada era, no obstante, él. ¡Siempre somos, al menos, dos! El que siente y el que sabe no son necesariamente una misma persona. Esta doble personalidad se acentúa enormemente con la muerte.

Otro tema era que el sentido temporal, que es tan fidedigno en los hombres —especialmente en mi caso particular— se transtornó de manera indudable, cuando no se abrogó del todo.

Todos nosotros medimos el transcurso del tiempo en relación con nuestros hábitos diarios o algún patrón similar. La convicción de la inmortalidad destruye, naturalmente, todos los valores en este sentido. Si soy inmortal, ¿cuál es la diferencia entre mucho y poco tiempo? Un millar de años o un día son, obviamente, lo mismo bajo el punto de vista de la eternidad.

Existe un reloj subconsciente en nuestro interior, un reloj al que da cuerda la experiencia de la humanidad para funcionar unos setenta años, poco más o menos. Cinco minutos es un período muy largo si estamos esperando un ómnibus, un siglo si estamos esperando al amante, nada en absoluto si estamos ocupados en algo placentero o durmiendo[1].

Consideramos que siete años es un largo período si se trata de un encarcelamiento, aunque es un período pequeño e insignificante si hablamos de Geología.

Así, aceptada la inmortalidad, la longevidad del sistema estelar mismo es una nadería.

Esta convicción no había calado totalmente en la conciencia de Arthur; se cernía sobre él como una amenaza, mientras que la intensificación de dicha conciencia, su liberación frente al sentido natural del tiempo para la vida, provocaba que cada acción en la que aparecía el demonio tuviese una gran duración, aunque los intervalos entre cada aullido del cuerpo yacente fuesen muy cortos. Cada punzada de tortura o interrupción nacía, llegaba a su cénit, y moría para nacer de nuevo a través de lo que parecían incontables eones.

Todavía peor fue el proceso de asimilación del demonio. El coma del moribundo era un fenómeno completamente al margen del tiempo. Las condiciones de la «digestión» eran nuevas para

Arthur, no poseía ninguna base para hacer suposiciones, ningún dato con el que calcular la distancia a la que se encontraba del final.

Es imposible hacer algo más que esbozar este proceso: cuando fue absorbido, su consciencia se desarrolló en el interior de aquel demonio; se convirtió en uno de ellos con toda su ansia y corrupción. Aun así sufría en su propia persona la bipartición de sus más pequeñas moléculas, y esto se corroboraba mediante la humillación más inmunda hacia la parte de él que rechazaba.

No me atrevo a describir el proceso final, baste decir que la consciencia demoníaca afloró; él no era más que el excremento del demonio, y como tal excremento fue lanzado suciamente al interior del abismo de oscuridad y noche cuyo nombre es la muerte.

Me incorporé con las mejillas encendidas. Tartamudeé: «Está muerto». El enfermero se inclinó sobre el cuerpo. «¡Sí!», repitió como un eco, «está muerto». Y pareció como si el Universo entero se congregase en torno a una fantasmal risa de odio y horror: «¡Muerto!».

V

Recobré mi equilibrio. Debía hacerme a la idea de que todo estaba bien, que la muerte había acabado con todo. ¡Triste humanidad! La consciencia de Arthur estaba más viva que nunca. Era el oscuro miedo a la caída, el éxtasis mudo del miedo constante. No había olas sobre aquel mar de ignominia, ningún desorden —causado por pensamiento alguno— en aquellas aguas malditas. No existía ninguna esperanza de fondo para aquel abismo, ningún pensamiento que pudiera cesar. Fue tan infinita aquella caída que incluso no existía aceleración, era constante y horizontal como la caída de una estrella. No existía incluso sensación de marcha; de tan infinitamente veloz como debía de ser, a juzgar por el singular temor que inspiraba, era infinitamente lenta en comparación con la infinitud del abismo.

Tomé precauciones con el fin de que no me molestasen los actos que los hombres —¡oh, qué absurdamente!— dedican a los muertos,

y me refugié en un cigarrillo.

Fue entonces, por vez primera, cuando comencé a considerar la posibilidad de ayudarle.

Analicé mi posición. Debía de ser su pensamiento, o no habría podido leerlo. No tenía ningún vestigio de que pudiesen llegarme otros pensamientos. Él debía de estar vivo, en el verdadero sentido de la palabra; era él y no otro quien era víctima de este temor inefable. Era evidente que dicho temor debía de tener una base física en la constitución de su cerebro y su cuerpo. El resto de los fenómenos se habían dado en relación a su condición física; era el reflejo de la consciencia la causa por la que la limitación humana se rebelaba ante cosas que tomaban, de hecho, lugar en el cuerpo.

Probablemente era una interpretación falsa, pero era su interpretación; y fue eso lo que le causó un sufrimiento más allá de lo que los poetas nunca han soñado acerca de lo infernal.

Me avergüenzo al reconocer que mi primer pensamiento fue para la Iglesia Católica y sus misas para el reposo del muerto. Fui a la Catedral y di unas vueltas, como si me interesase todo aquello que he mencionado —las supersticiones de un centenar de tribus salvajes—. En el fondo, no pude discernir entre sus bárbaros ritos y los de la cristiandad.

Como quiera que fuese, me confundí. Los sacerdotes se negaron a rezar por el alma de un hereje.

Regresé apresuradamente a casa y volví al velatorio. Nada había cambiado, excepto la intensificación del temor, la intensificación de la soledad: un ensimismamiento total en la ignominia. Yo podía, no obstante, esperar que en el estancamiento final de todas las fuerzas vitales la muerte fuese definitiva y el infierno se aniquilase.

Esto provocó una corriente de pensamiento que terminó con la determinación de acelerar el proceso. Pensé levantarle la tapa de los sesos, pero no tenía motivos para hacerlo. Pensé congelar el cuerpo e imaginé una explicación para el enfermero, que rechazaba que el frío pudiera animar su alma más que el vacío sin límites de lo oscuro.

Pensé decirle al doctor que Arthur hubiese deseado legar su cuerpo a la ciencia, que le preocupaba ser enterrado vivo, cualquier cosa que le hiciese pensar. En aquel instante miré al espejo. Comprendí que no debía hablar. Mis cabellos eran blancos, mi

rostro cansado y mis ojos violentos e inyectados en sangre.

Con total impotencia y desdicha, me eché en el sofá del estudio y fumé ansiosamente unos cigarrillos. El alivio era tan inmenso que mi sentido de la lealtad y el deber mantuvo una dura lucha para hacerme reemprender la labor. La mezcla de horror, curiosidad y excitación debió de ayudar.

Apagué mi quinto cigarrillo y regresé a la estancia de la muerte.

VI

Antes de que hubiera pasado diez minutos sentada a la mesa, tuvo lugar, con sorprendente rapidez, un cambio. En un punto del vacío se acumuló, de forma concentrada, la oscuridad; y sobrevino una llama diabólica que brotó sin destino, desde la nada hacia la nada. El más nocivo hedor la acompañó.

Había desaparecido antes de que pudiese darme cuenta. Como el rayo que precede al trueno, siguió un estruendo horrible que sólo puedo describir como el lamento doloroso de una máquina.

Se repitió constantemente durante una hora y cinco minutos, y después cesó de una forma tan repentina como había comenzado. Arthur aún descendía.

Le siguió, tras un lapso de cinco horas, otro paroxismo de la misma clase, pero más fuerte y continuo. Luego, otro silencio, siglo sobre siglo de temor, soledad e ignominia.

Sobre la media noche, apareció un océano gris de entrañas bajo el alma que descendía. El océano parecía ser ilimitado. El alma entró impetuosamente en él, y el choque la despertó a una nueva consciencia de las cosas.

Este mar, aunque infinitamente frío, hervía como los tubérculos. Su más o menos homogénea viscosidad, cuyo hedor va más allá de cualquier concepto humano (el lenguaje humano es singularmente deficiente en cuanto a términos que describan olores y gustos; siempre relacionamos nuestras sensaciones con cosas de conocimiento general)[2], brotaba de manera constante en forma de verdosas ebulliciones con coléricos cráteres rojos, cuyas márgenes dentadas eran de un blanco pálido y vertían un pus formado por

todas las cosas conocidas por el hombre —cada una de ellas deformada, degradada, vilipendiada.

¡Cosas inocentes, cosas felices, cosas sagradas! ¡Todas ellas inexplicablemente profanadas, repugnantes, nauseabundas!

Durante el velatorio del día siguiente, reconocí un grupo. Vi Italia. Primero la Italia del mapa: una pierna calzada con una bota. Pero dicha pierna cambió rápidamente a través de una miríada de fases. Se transformó en la pata de todas las bestias y pájaros, y en cada ocasión la pata sufría todas las enfermedades, desde la lepra y la elefantiasis a la escrófula y la sífilis. Tenía la seguridad de que esto era una parte inseparable y eterna de Arthur.

Luego Italia misma, con todos sus sucios pormenores. Después yo misma, vista como cada una de las mujeres, y cada una con todas las enfermedades y torturas que la Naturaleza y el hombre han tramado con sus diabólicas mentes, cada una consumida por una muerte, una muerte como la de Arthur, cuyos infinitos tormentos formaban parte de sí mismo, eran reconocidos y aceptados como propios.

Lo mismo ocurrió con el hijo que nunca tuvimos. Todos los niños de todos los países, abortados, increíblemente deformes, torturados, desgarrados en pedazos, maltratados mediante todas las obscenidades que la imaginación de un archidemonio haya podido concebir.

Y así con cada pensamiento. Me percaté de que los putrefactos cambios del cerebro del muerto ponían en movimiento cada uno de sus recuerdos y los tiznaban del color del propio infierno.

Cronometré un pensamiento, y a pesar de la miríada de millones de detalles, cada uno claro, vivido y prolongado, no se extendía más de tres segundos. Pensé en la incalculable formación de pensamientos de su bien dotada mente; comprendí que ni siquiera miles de años los agotarían.

Pero, quizá, si el cerebro fuese destruido de forma que no se reconociesen sus partes…

Siempre hemos supuesto, de forma casual, que la consciencia consiste en un flujo de sangre de los vasos del cerebro; nunca nos hemos detenido a pensar si los recuerdos pueden ser recuperados de alguna otra forma. E incluso sabemos cómo un tumor cerebral origina alucinaciones. La consciencia funciona de un modo extraño;

la mínima perturbación del riego sanguíneo, y se apaga como una vela, o incluso toma formas monstruosas.

Aquí residía la aplastante verdad: vive de nuevo en los muertos, y vive para siempre. Ya podíamos saber algo de ella; la fantasmagoría de la vida que se agolpa en la muerte de un ahogado puede sugerir algo sobre la especie a cualquier hombre cuya imaginación sea activa y simpatética.

Peor incluso que los mismos pensamientos era la aprensión que dichos pensamientos producían antes. Carbunclos, ebulliciones, úlceras, cánceres, no existe equivalente a las pústulas del infierno, en cuyas hirvientes convulsiones se hundía Arthur cada vez más y más.

La magnitud de esta experiencia no puede ser aprehendida por la mente humana como la conocemos. Estaba convencida de que el final debía llegar, para mí, con la cremación del cuerpo. Me alegré infinitamente de que él hubiera dejado instrucciones para que ésta se realizase. Mas para él, final y principio parecían no tener significado. Debido a ello, me pareció oír el pensamiento real de Arthur: «Aun cuando todo esto soy Yo, no es más que un percance mío; permanezco tras todo ello, inmune, eterno».

No debe suponerse que esto disminuía, en modo alguno, la intensidad del sufrimiento. Al contrario, la aumentaba. Ser odioso es menos que estar vinculado al odio. Sumergirse en la impureza es ser inmune al hastío. Salvo hacer esto y permanecer puro, cualquier infamia aumenta el dolor. Piensa en la Madonna, presa en el cuerpo de una prostituta y forzada a reconocer: «Ésta soy yo», sin que nunca pueda librarse de su odio.

No sólo emparedado en el infierno, sino obligado a participar de sus sacramentos; no sólo gran presbítero de su ágape, sino también padre y difusor de su culto; un Cristo al que repugnaba el beso de Judas, sabedor —incluso— de que la traición era él mismo.

VII

A medida que avanzaba la putrefacción del cerebro, el estallido de las pústulas lo recubría ocasionalmente, dando como resultado

que la confusión e intensificación de la locura era superior al mismo infierno. Alguien podría llegar a pensar que cualquier confusión pudiera ser un bienvenido descanso ante una lucidez tan espantosa; pero no era así. La tortura se infiltraba con un demoledor sentido de turbación.

Las imágenes nacían amenazantes, y tan sólo desaparecían agostándose en un coprolito pultáceo que era el cuerpo principal del ejército del que se componía Arthur. El fenómeno crecía de manera constante y en todos los sentidos a medida que él se hundía cada vez más. Ahora eran una jungla en la que la oscuridad y el terror de su totalidad incluso eclipsaban gradualmente el odio a cada una de sus partes.

La locura de los vivos es algo tan abominable y terrible como desalentar a todos los corazones humanos con el horror; pero ¡no es nada en comparación con la locura de los muertos!

Una complicación más surgió, entonces, en la destrucción completa e irrevocable de ese mecanismo de compensación del cerebro que es la base del sentido temporal. Horriblemente degradado y deformado, puesto que había en la perturbación del cerebro una gelatina amorfa de la que brotaban, de pronto, enormes, unos tentáculos insospechados, su destrucción lo dividió en mil abismos más profundos. El sentido de la misma sucesión fue destruido, los objetos consecutivos aparecían como superpuestos o coincidentes en el espacio; una nueva dimensión descubierta; una nueva destrucción de todas las limitaciones desenmascaró un nuevo e insondable abismo.

A todo esto se le añadió el desconcierto y temor que la agorafobia mundana trazaba débilmente; y, al mismo tiempo, el emparedamiento que pesaba sobre él, puesto que no existe fuga posible desde el infinito.

Además, la desesperación ante aquella monótona situación. Infinitamente variados, los fenómenos eran esencialmente los mismos. Todas las tareas humanas están alumbradas por la certeza de que deben terminar. Incluso nuestras alegrías serían intolerables si tuviéramos la certeza de que hubieran de durar, por encima del tedio y el hastío, por encima del cansancio y la saciedad, para siempre, eternamente y para siempre.

En este inhumano, en este preterdiabólico infierno se da una

fatigosa repetición, un machacar sobre la misma discordia odiosa, un continuo refunfuño cuyos intervalos no ofrecen descanso alguno, sólo un suspense rebosante con la anticipación de un frío terror.

Durante horas, que fueron para él eternidades, continuó esta fase, como celdas diversas que guardasen el recuerdo de una memoria que padecía cambios degenerativos que la conducían a una purulencia hiperbrómica.

VIII

La instantánea corrupción bacteriológica supuso la corrupción química. Los gases, formados por la putrefacción en el cerebro y que lo habían atravesado, se materializaban en su consciencia mediante pústulas que se mostraban amorfas e impersonales — Arthur todavía no había penetrado en el abismo.

Arrastrándose, elevándose, abrazándolo, el Universo lo envolvía, lo forzaba con una íntima e indescriptible contaminación, rodeaba su ser con el más asfixiante terror.

De vez en cuando, la consciencia se anegaba en una sima que su pensamiento era incapaz de describirme; porque, realmente, incluso el primero y menor de sus tormentos está mucho más allá de la capacidad de expresión humana.

Era un dolor que se extendía constantemente, que se intensificaba con cada descargo de ira. Aumentaba la memoria y crecía la inteligencia. Igualmente, la imaginación desconocía límites.

¿Qué significa esto y a quién puedo contarlo? La mente humana no puede realmente apreciar los números más allá de cierta cantidad; puede tratar con ellos mediante el raciocinio, pero no puede aprehenderlos mediante impresión directa. Se requiere una inteligencia altamente entrenada para poder distinguir en un plato entre quince y dieciséis cerillas sin contarlas. Con la muerte, esta limitación desaparece totalmente. Cada elemento del contenido infinito del Universo se comprende de forma independiente. El cerebro de Arthur era igual, en cuanto a poder, al que atribuyeron los teólogos al Creador; pero a pesar de su poder ejecutivo, no

existía semilla alguna. La impotencia del hombre ante las circunstancias estaba en él aumentada infinitamente, sin pérdida de detalle o cantidad. Comprendió que lo Múltiple era el Uno, sin perder o confundir la idea de lo singular. Él era Dios, mas un Dios irreparablemente maldito; un ser infinito, limitado por la naturaleza de las cosas, una naturaleza compuesta únicamente por la repugnancia.

IX

Albergaba una mínima duda en cuanto a que la cremación del cuerpo de mi marido acabara con el proceso que, normalmente, en los enterrados continúa hasta que no queda rastro de sustancia orgánica.

El primer contacto con el horno despertó una actividad tan violenta y tan viva que todo el pasado palideció ante su luz cárdena.

No puede describirse la inextinguible agonía del tormento; si existía alivio, sólo se daba por la alegría de saber que era el final.

No sólo el tiempo, sino también todas las extensiones del tiempo, todos los monstruos de las entrañas del tiempo iban a ser aniquilados; incluso para el ego cabía esperar un final.

El ego es el «verme que no muere», y la existencia el «fuego que no se extingue». En esta pira universal, en este abismo de lava líquida que brota de los volcanes del infinito, en este «lago de fuego» que está reservado al demonio y sus ángeles, ¿no puede tocarse fondo? ¡Ah! ¡No había más tiempo, ni representación alguna de ello!

El cuerpo se consumió; los gases del cuerpo, combinándose una y otra vez, se encendieron, libres de materia orgánica.

¿Dónde estaba Arthur?

Su cerebro, su personalidad, su vida, habían sido destruidos totalmente. Como elementos separados, sí: Arthur había ingresado en la consciencia universal.

Y oí esta expresión; aproximadamente ésta es mi traducción al inglés de una única idea cuya síntesis es: «Woe»[3]

La sustancia se llama espíritu o materia.

El espíritu y la materia son únicos, indivisibles, eternos, indestructibles.

¡Cambio infinito y eterno!

¡Dolor infinito y eterno!

Ningún absoluto, ninguna verdad, ninguna belleza, ninguna idea; nada excepto el torbellino de la forma, inquieta, insaciable.

¡Hambre eterna! ¡Guerra eterna! Cambio y dolor infinitos e incesantes.

La individualidad sólo existe en el ensueño. Y el ensueño es cambio y dolor, y su destrucción es cambio y dolor, y su nueva separación desde el infinito eterno es cambio y dolor; y la sustancia infinita y eterna es cambio y dolor inefables.

Más allá del pensamiento, que es cambio y dolor, se halla el ser, que es cambio y dolor.

Éstas fueron sus últimas palabras inteligibles, que se convirtieron en un eterno lamento: «¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe!», con una monotonía incesante que resuena siempre en mis oídos cuando permito que mi pensamiento frene su actividad al oír la voz de mi sensorio.

Durante el sueño, estoy parcialmente protegida, y mantengo siempre encendida una lámpara para poder fumar en la habitación. Muy a menudo en mis sueños late un reiterado ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe! ¡Woe!

X

La fase final es totalmente inevitable, a menos que creamos en las teorías budistas, cosa que, en cierto modo, me veo inclinada a hacer; ya que su teoría del Universo confirma de forma precisa cada uno de los detalles de los hechos aquí recogidos. Pero una cosa es reconocer una enfermedad, y otra descubrir el remedio. Sinceramente me indignan sus métodos, preferiría conformarme con mi destino final y alcanzarlo tan pronto como sea posible. Mi principal preocupación consiste en evitar las torturas iniciales, y estoy convencida de que la explosión de un cartucho de dinamita en

la boca es el método más factible para lograrlo. Incluso existe la posibilidad de que si todas las mentes que piensan, todos «los seres espirituales», fueran destruidos de este modo, y especialmente si toda la vida orgánica pudiera ser aniquilada, el Universo dejaría de existir (como el obispo Berkeley ha demostrado), sólo podría existir en alguna mente. Y, en realidad, no existe evidencia alguna (a pesar de Berkeley) en torno a la existencia de una conciencia extrahumana. La materia en sí misma puede, hasta cierto punto, pensar; pero la monotonía de su dolor no es tan horrible como su odio, como la formación de altas y sagradas ideas sólo para arrastrarlas lentamente a través de la infamia y el terror hacia el abismo conocido.

En consecuencia, deberé hacer que este recuerdo se difunda ampliamente. Los cuadernos sobre mi trabajo con Arthur (vols. I-CCXIV) serán editados por el profesor Von Buehle, cuya maravillosa inteligencia quizá pueda descubrir alguna salida al destino que amenaza a la humanidad. Todo está ordenado en estos cuadernos; estoy dispuesta a morir, ya que no puedo esperar mucho más, y sobre todas las cosas temo el principio de la enfermedad y la posibilidad de una muerte natural o accidental.

NOTA

ME siento satisfecho de tener la oportunidad de publicar, en un medio tan ampliamente leído por la profesión médica, el manuscrito de la viuda del profesor Blair.

Su mente se desquició tras la muerte de su marido. El médico que lo atendió durante su última enfermedad se alarmó por el estado en que se encontraba ella y tuvo que vigilarla. Ella intentó (sin éxito) adquirir dinamita en varias tiendas, y cuando fue al laboratorio de su difunto esposo, intentó elaborar cloruro de nitrógeno, obviamente con el propósito de suicidarse. Fue detenida, declarada enferma, y puesta a mi cuidado.

El caso es muy poco normal en varios aspectos:

1) Nunca descubrí inexactitud en una información o hecho

verificable.

2) Podía, sin duda, leer los pensamientos de una forma asombrosa. En particular, me es muy útil por su habilidad para predecir ataques de demencia aguda en mis pacientes. Puede predecirlos con exactitud horas antes de que ocurran. La primera ocasión, mi incredulidad sobre su poder tuvo como resultado una grave herida para uno de mis ayudantes.

3) Ella combina una obsesiva determinación hacia el suicidio (en la forma extraordinaria que lo describe) con un intenso miedo a la muerte. Fuma sin interrupción, y me veo obligado a fumigar su habitación con humo por la noche.

4) Tan sólo tiene 24 años, pero cualquier opinión competente diría que tiene sesenta con la misma exactitud.

5) El profesor Von Buehle, a quien fueron enviados los cuadernos, me dirigió un largo telegrama urgente en el que solicitaba su libertad a condición de que ella prometiese no suicidarse e ir a trabajar con él a Bonn. He comprobado, no obstante, que los profesores alemanes, aunque eminentes, no tienen ninguna fuerza en la gerencia de un manicomio privado de Inglaterra; y tengo la certeza de que los Comisionados me apoyarán en mi negativa a considerar el tema.

Debe quedar, pues, claramente entendido que este documento se publica, con todas las reservas, como la hipótesis de un muy peculiar, quizá único, tipo de locura.

V. ENGLISH (Doctor en Medicina)

SU PECADO SECRETO

I

TEODORO Bugg había hecho de Inglaterra lo que era. En los últimos cuarenta y dos años había pasado de ser el chico de los recados a ser el mayor comerciante de los Midlands. Veintiocho años de felicidad matrimonial lo habían dejado con la conciencia limpia y una tumba que, desde hacía cinco años, guardaba «la memoria de mi amada viuda», tal y como había escrito hasta que el empleado y una rolliza hermana —que acababa de cumplir veinte años— sugirieron una mínima alteración.

Ojalá pudiera detenerme aquí. Pero existe un lado tosco en cualquier lienzo, y Teodoro Bugg había olvidado todo sobre Inglaterra y sobre lo que es ahora, y cómo él la había construido. Si la labor continuaba, era subconsciente.

Estaba de pie al lado de la estatua dorada de Juana de Arco, con la boca abierta ostensiblemente y el débil Baedecker en su sudorosa mano. «¡Monta a horcajadas!» La locura confusa palpitaba en su cerebro. «¡Va vestida con ropas de hombre!»

Se desveló la horrible verdad: ¡Teodoro Bugg había ido a París por Placer!

Sólo había podido disponer de dos días, el domingo y el lunes de Pentecostés. Había viajado en el barco nocturno del sábado y llegado a París el domingo por la mañana —¡primer paso descendente!—. El aire de París le embriagaba, los Grandes Bulevares le corroían su fibra moral como un dragón mastica mantequilla; y aunque, realmente, no había estado en ningún sitio, sentía la atmósfera de los *music-halls* como Ulises oyó a las Sirenas. Estaba felizmente atado al mástil de su ignorancia del francés, y sin su temor a hacer a cualquiera tan singular pregunta, habría podido

descubrir y visitar el Moulin Rouge.

Como existía, Juana de Arco era mucho más de lo que era bueno para él. La miró fijamente, encantado como por una basilisca, sus ojos se le salían cada vez más del rostro, como si su sentido de la moral arrastrara su cuerpo marcha atrás a lo largo de la Rue de Rivoli. De esta forma chocó con un francés respetable (que se negó a tomarlo en serio y se disgustó).

Sacó su reloj. Sólo faltaba una hora y media para coger el tren. Justo cuando comenzaba a divertirse. ¡Qué vergüenza! No podía siquiera enviar un telegrama sin hacer saber a alguien dónde estaba —y en casa le suponían visitando una conocida empresa de Shropshire.

«Tendré un recuerdo», pensó, «si muero por ello, tendré… no importa». «Puede también que un papanatas me cuelgue como a un cordero. Pareceré un cerdo total. Sé que hay tiendas cerca de aquí.»

Así pues, volviendo, con nerviosismo y determinación, vio —cuando invocas al diablo siempre está a medio camino de ti— el escaparate de una tienda lleno de fotografías de pinturas y esculturas del Louvre. Miró calle arriba y calle abajo —la visión de un sombrero de copa podría haberle salvado incluso en el decimoprimer momento. ¡Pero no! Nadie parecía, bajo ningún concepto, inglés, ni siquiera en su acalorado recelo por descubrirlo.

Se asomaba y escondía por instantes, como un hombre que espiara en un juego peligroso, y luego, con súbito disimulo, apoyó su espalda en la puerta, giró el pomo y se deslizó hacia el interior de la tienda.

—¿Avvy-voo photographiay? —dijo apresuradamente, mirando hacia el otro lado.

—Sí señor —contestó el dependiente en un inglés perfecto—. ¿Qué es lo que quiere el señor? ¿Fotografías de París, de Fontainebleau, del Louvre, de Versalles?

Pero el inglés no era del propósito de Teodoro Bugg. Casi huye de la tienda. Una voz en inglés —¡era casi un milagro!

—Kelker descubre —murmuraba tercamente—. Kelker descubre tray sho. Voo sawy, tray tray sho, ¡par prope!

El vendedor, no lo bastante experto como para dominar su desazón ante aquel poco corriente lance, le mostró algunos libros de fotografías.

—Quizá el señor encuentre aquí lo que busca —dijo fríamente.

Furtiva y apresuradamente, su vista se bifurcó entre el libro prohibido y la puerta de la tienda. Su único resguardo ante cualquier intrusión era la idea de que nadie que entrase estaría en situación de echarle piedras al culpable, así que Teodoro Bugg volvió las páginas.

El libro comenzaba mansamente con la Victoria Alada y sólo se metía en los rápidos con la Gioconda. Desde allí, como en el Niágara, una zambullida en el abismo: la Venus de Milo.

La sangre le incendiaba el rostro, su respiración se tornó rápida y vehemente. Con dedos nerviosos, que temblaban de excitación, apartó la fotografía de su hoja y se la mostró a medias al propietario con este susurro:

—¿Combyang?

—Treinta sous —dijo el vendedor en su francés más veloz. Y, en inglés—: Aceptamos dinero inglés aquí, señor; diez chelines, por favor. ¿Quiere que se la envuelva?

Pero Bugg buscaba en el fondo del bolsillo y, poniendo un soberano en la mano del hombre, salió apresuradamente sin mirar hacia atrás, dispuesto a poner tiempo y espacio entre él y su comprometida situación.

Corrió hacia el hotel, no sin más de una mirada sospechosa sobre su hombro, e hizo la maleta. Le sobraban diez minutos. Cerró la puerta despacio, se sentó con su maleta bajo la luz, sacó del bolsillo la fotografía y se entregó a un gozo largo y voluptuoso.

Después, el limpiabotas llamó a su puerta para decirle que había llegado el taxi, y Bugg, más noble que Lord Harvard de Effingham, guardó su tesoro en el bolsillo, abrió la puerta, y gritó:

—¡Venny!

II

Teodoro Bugg pagaba, un año más tarde, el precio de su debilidad. Había permitido que Gertrudis asistiese a clases de Arte, aunque él lo creía pecaminoso. Pero había llegado a temer a su hija, y —en asunto tal especialmente— era incapaz de discutir con ella.

Por esta razón intentaba, en ocasiones, convencerse de que no había «nada malo en ello». Un hermano capillero le había mirado con recelo cuando las noticias acerca de las «ideas avanzadas» de Gertrudis fueron conocidas, pero Teodoro se lo había reprochado con resolución, severamente, mediante la ocurrente observación de que «para los puros todas las cosas son puras». Saber cuándo mostrarse atrevido, era lo que había hecho de Teodoro el buen hombre de negocios que era.

Y muy audaz es, por cierto, quien convierte en cobardes a todos los demás. ¡La vergüenza secreta de sus orgías! Una noche cada semana —¡una vez incluso un domingo!— después de que todos se hubieran ido a dormir, abría la pequeña caja que estaba a la cabecera de su cama y sacaba la obscena fotografía del envoltorio, en el cual estaba escrito: «Si muero o quedo incapacitado, ESTE PAQUETE debe ser DESTRUIDO SIN ABRIRLO. T. Bugg». Después se sentaba, y la sostenía entre sus ardientes manos, y se deleitaba con la perversidad, acercándola de cuando en cuando a su boca para cubrirla de besos húmedos y ansiosos. Y después, guardada de forma segura otra vez, se desnudaba con evidente fervor. Incluso, en una ocasión, intentó —con la ayuda de una toalla de baño— reproducir la postura ante el espejo. Y no vio nada ridículo en ello, igual que no veía nada bello en la fotografía. La desnudez es lujuriosa, creía su sencillo evangelio de la estética.

La vergüenza lo movió, además, hacia medidas de expiación o de precaución. Leía las plegarias familiares dos veces al día en lugar de una, y aceptó la presidencia de la reunión anual de una Sociedad para Enviar Pantalones a los Indostanos Conversos. Como todos sabían en los Midlands, los «indostanos» eran Salvajes Desnudos.

Y despidió al palafrenero por beber en domingo.

Mas si por medio de estos recursos salvó su conciencia, no hizo nada para reprimir la incipiente inclinación de Gertrudis hacia su independencia de pensamientos y actos. Había sido una escena muy desagradable aquella en la que tiró al fuego el libro de Mudie (yo creía que se podía tener confianza en Mudie) titulado *Los bacilos robados*, que creyó groseramente inmoral. (Una sucia basura acerca del amor libre o algo así, ¿no?)

Teodoro Bugg no era un hombre sensible; un exceso de benevolencia intuitiva era lo que no había hecho de su vida un

infierno; pero él sabía que sus relaciones domésticas eran tirantes. Especialmente desde que «esa Sra. Grahame había evidenciado su amistad con Gertrudis». La coronelía de su marido era el dorado de la píldora; pero ésta era amarga, puesto que la señora Grahame iba motorizada e, incluso, jugaba al golf los domingos en lugar de ir a la iglesia, y una o dos veces se había llevado a Gertrudis con ella, para escándalo del vecindario.

El coronel Grahame también le crispaba los nervios, a pesar de la «rectitud de su trato».

Tales pensamientos pasaban torpemente por él mientras esperaba a que su hija regresase de la clase de Arte para tomar el té. Mas cuando llegó, con el portafolio abrazado, su belleza y el esplendor de su actividad continua y natural le obligaron a ser amable.

Bajo estas circunstancias, la conversación tiende a ser artificial; pero Gertrudis era alegre y locuaz, y el té transcurrió placenteramente hasta que los ojos de su padre se dirigieron infaustamente sobre el portafolio.

—¿Y qué ha estado haciendo mi pequeña hada últimamente? —preguntó con elefantina agilidad.

—Oh, principalmente bocetos, padre. Esta semana estamos copiando las antiguas obras maestras griegas. Permíteme que te los enseñe, querido padre.

Abrió el portafolio y pasó las láminas.

—Estoy progresando de forma brillante. Mr. Davis cree que tengo que ir a París para estudiar con más medios. Permítemelo.

—¿Cómo puedes pensar en algo así, Gertrudis? ¡Mi hija! ¡¡¡Estudiar con más medios!!! ¡De ninguna manera! Un poco de diseño es un buen complemento para una chica joven, pero…

Sus mandíbulas se cerraron. Un bello esbozo a lápiz fino era lo que sostenían sus dedos frenéticos; pero no confundió el asunto.

—¡Desgraciada! —gritó—, ¿dónde obtuviste el… el… el… Maldita sea todo, ¿qué te llama a ello? El… ¡ay! ¡eso es!

»¿Quién es el modelo de esta vil, inmunda, lujuriosa, obscena y libidinosa idea? ¡Maldita sea! ¡Eres tan perversa como la prima Jenny! (La prima Jenny era una mancha en la familia de los Bugg.) ¡Es usted una ramera, señorita!

Después, con un tremendo cambio, como si la verdad le

iluminase:

—¡Oh Dios mío! ¡Maldito seas! —gritó—, ¿cómo conseguiste las llaves de mi caja?

La muchacha se quedó más fría que la piedra, pero existía un nuevo brillo en su mirada, y si el fruncir de los labios pudiera enterrar a un gusano, esos labios eran los suyos y aquel gusano el autor de su vida. Ella se había apartado como lo haría alguien a quien le saltase un sapo encima, y el color primero de su rostro se había convertido instantáneamente en el hielo más letal.

Bugg se apercibió de su error, de su montón de errores. Allí estaban todos excepto uno, uno más que cometió; y, al encontrarse en la parrilla de la revelación, brotó el fuego de lo irrevocable y de lo que no podía olvidarse. Su gruesa papada y su rostro tosco se crisparon, se dejó caer sobre sus rodillas y estrechó, juntas, sus manos.

—¿Así que me descubriste? ¡No, no abandones a tu pobre y anciano padre, Gertrudis! ¡Mi pequeña Gertrudis!

Hubo un silencio.

—Perdóname, padre —dijo la muchacha por fin—, pero acabo de sufrir una impresión de ti por primera vez en mi vida, y ha sido casi una conmoción. Debo pensar.

Y permaneció inmóvil hasta que su desventurado padre llamó su atención al regresar a la silla de mimbre.

—No toques cosas sagradas —dijo de repente, y retiró el esbozo de su mano inerte, colocándolo con reverencia en el portafolio. Este hecho pareció decidirla—. Te mandaré una dirección para que envíes mis cosas —dijo, y salió al jardín.

Teodoro Bugg se sintió aturdido. «Cosas sagradas», había dicho ella. ¡Llamó sagrada a aquella lujuriosa fotografía francesa!

¿Era el Pecado Original, o era aquella nueva idea sobre la que hablaba la gente?… ¿qué era? ¡Ah! la herencia. ¿Herencia? ¿Su pecado secreto se convertía en patente infamia de su hija? ¡Los pecados de los padres se reproducían exactamente en los hijos!

Estaba arriba, en su habitación. Debía destruir aquel execrable objeto: Debía destruirlo. ¡Ah!, sí. Él había corrompido a Gertrudis teniéndolo en casa. Debía comportarse como un padre católico, pero ¿qué haría un padre católico?

Tenía una cerilla encendida, pero no podía quemar el ángulo del

paquete. El silencio de la casa lo sacudió; sabía que su hija no regresaría jamás y, en un arrebato de ira, pisoteó el envoltorio como una bestia salvaje destroza un cadáver.

Lo tiró sobre la parrilla vacía, quemó el papel que lo cubría y observó cómo se quemaba totalmente. Después, tras ahogar un sollozo, se dirigió hacia el cajón de la vitrina y sacó el revólver que había comprado (y cargado, gracias a las instrucciones del vendedor) para defenderse de los ladrones.

Sí, debía suicidarse. Tiró atrás del martillo. Un sudor frío recorría su rostro fláccido. No podía; y, además, ¿cómo? Recordó muchas historias de aquellos que se habían disparado sin éxito. Buscó su corazón y no lo encontró, se preguntó si se habría parado y si estaría muerto; y se apoderó de él un miedo que paralizó toda su voluntad. Se imaginó yacente, muerto.

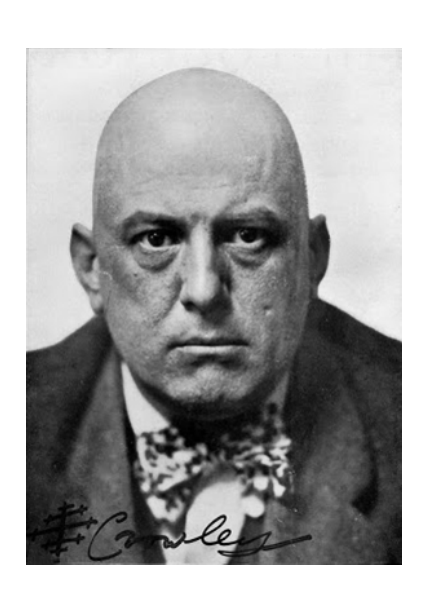
—¡No, por Dios! ¡No puedo hacerlo! —gritó, y volvió a meter la pistola en el cajón.

Y puesto que intervino la fortuna, el cañón dio un estallido. La bala le rompió la mandíbula, arrancó cuatro molares, destrozó el pómulo, redujo a pulpa el ojo derecho y salió oblicuamente por el frontal, encontrando alojamiento en el techo. Perdió el sentido y cayó. Su cabeza golpeó sobre la parrilla en la que todavía humeaban las cenizas de la fotografía.

Pasaron tres meses antes de que se recobrase, y sólo le quedó la mitad del rostro para enfrentarse al mundo. Todavía cree que Gertrudis lo dejó porque a los chicos les había dado por llamarle «viejo Venus». Pero estaba equivocado, los muchachos tenían sus razones estéticas para tal nombre.

Gertrudis, en todo caso, está demasiado ocupada como para molestarse por él; puesto que, tras un año en el Barrio Latino, si no ha podido superar a Degas, Manet y Van Gogh, ha conquistado, al menos, al gran pianista Wlodywewsky, y ocupa todo su tiempo en la administración de la casa y el cuidado de su hijo.

Teodoro Bugg no necesita ayuda de su hija para su escultura moral de los destinos de Inglaterra.



EDWARD ALEXANDER CROWLEY (1875-1947), fue una imagen en negativo de su época: poeta, alpinista, viajero, escritor, pintor, drogadicto y bisexual, pero sobre todo, mago. Ex miembro de la Hermandad Hermética Golden Dawn, su fama de satanista y practicante de magia negra le valieron el epíteto de «hombre más perverso del mundo». Muchos han sido los defensores y detractores de su figura —retratada de forma completa en la excelente biografía de John Symonds (*La Gran Bestia*, El Ojo sin Párpado, n.º 38)—, pero lo que de ninguna manera se puede negar es que Aleister Crowley ha sido «el más grande, el más inquietante y, posiblemente, el único mago occidental del siglo XX».

Notas

[1] Una de las grandes crueldades de la naturaleza es la de que todas las emociones dolorosas o depresivas parecen alargarse en el tiempo; mientras que los pensamientos agradables y humores elevados hacen volar al tiempo. Así pues, al resumir una vida desde un punto de vista externo, podría dar —en el supuesto de que la alegría y el dolor hayan ocupado períodos iguales— la impresión de que el dolor ha sido enormemente mayor que la alegría. Esto puede discutirse. Virgilio dice: *«Forsitan haec olim meminisse juvabit»*, y existe, al menos, un escritor moderno absolutamente versado en el pesimismo que es muy optimista. Mas los nuevos hechos que aquí expongo anulan esta aserción y arrojan un espadazo de infinito peso sobre esta trémula e insignificante escala. < <

[2] Ésta es mi queja principal, y la de todos los investigadores por un lado y de los escritores por otro. Sólo podemos expresar una idea nueva combinando dos o más ideas conocidas, o mediante el uso de la metáfora; así como cualquier número puede formarse a partir de otros dos. James Hinton poseía indudablemente una idea gráfica perfecta, simple y concisa, de la «cuarta dimensión del espacio»; pero encontró grandes dificultades para transmitirla a los demás incluso cuando éstos eran grandes matemáticos. Es (creo) el mayor escollo que se opone al progreso humano: el que grandes hombres supongan que serán comprendidos por otros.

Incluso un maestro del inglés diáfano como es el profesor Huxley, ha sido tan malinterpretado que se le ha atacado —en repetidas ocasiones— por hacer afirmaciones que él había negado específicamente en su más claro lenguaje. < <

[3] Conservo el término inglés debido a su capacidad fónica de sugerencia ([uóu]), capacidad de la que carecen sus posibles equivalentes en español (dolor, pena, angustia, etc.). *(N. del T.)*
<<